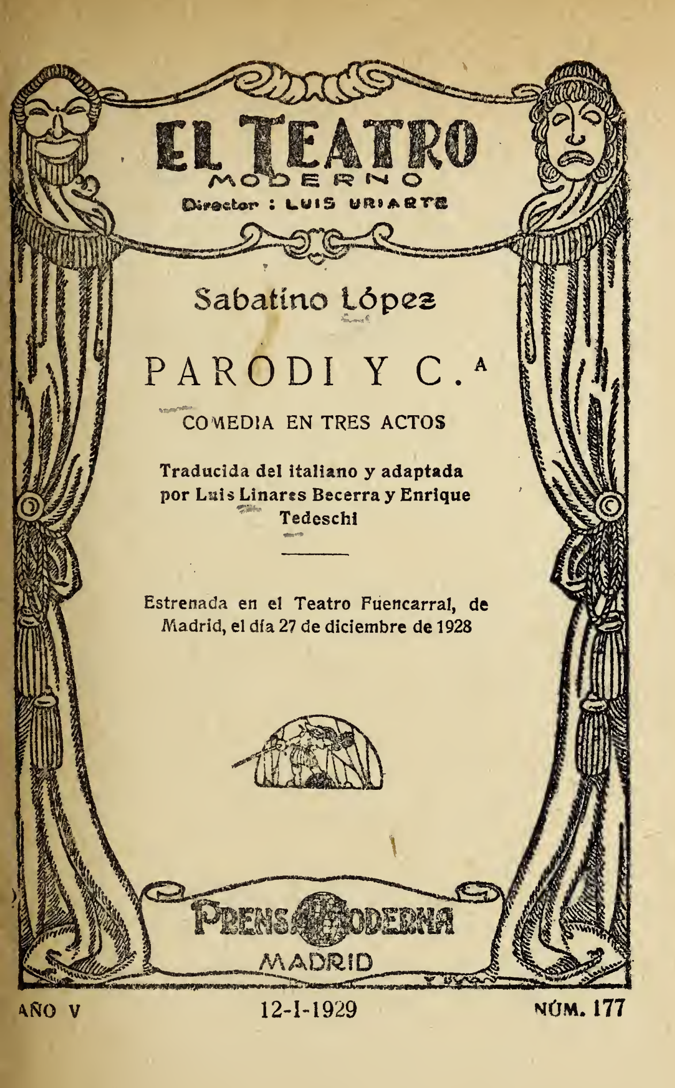

262
EL TEATRO
MODERNO
L. LINARES
BECERRA
SABATINO LOPEZ
"PARODI y Cía"



Sabatino López

PARODI Y C.ª

COMEDIA EN TRES ACTOS

Traducida del italiano y adaptada por Luis Linares Becerra y Enrique Tedeschi

---

Estrenada en el Teatro Fuencarral, de Madrid, el día 27 de diciembre de 1928

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO V 12-I-1929 NÚM. 177

REPARTO

Juan Pedro Parodi (1)................	*Francisco Morano.*
Anita.	*Amparo F. Villegas.*
Luisa.	*Señora Mas.*
Mecanógrafa 1.ª	*Orencia Lafuente.*
Mecanógrafa 2.ª	*Lola Sanz.*
Mecanógrafa 3.ª	*Dora Sánchez.*
Colombi.	*Señor Puyol.*
Escribiente 1.º	*Federico Moreno.*
Escribiente 2.º	*Miguel de Llano.*
Escribiente 3.º	*Carlos Dominguez.*

En Barcelona. Epoca actual.

(1) Este personaje habla con marcado acento catalán.

A FRANCISCO MORANO

quien generosa y victoriosamente prestó a esta obra el brillo de su arte vivificador.
Sus fervorosos admiradores y amigos agradecidos,

LUIS LINARES BECERRA
y ENRIQUE TEDESCHI.

ACTO PRIMERO

En el escritorio del señor Parodi, comisionista en gran escala de bacalao, salazones, embutidos, etc., etc. Un *bureau* en primer término derecha. Sobre él, un teléfono. Al levantarse el telón Parodi está solo revisando unos documentos. A poco, suena el timbre del teléfono. Parodi coge la bocina sin despegarse de los labios la colilla de un horrible cigarro peninsular que está apurando.

PARO. Sí. Parodi. El mateix Parodi en persona. ¿Con quién hablo? Que quién está ahí. ¿Eh? ¡Pero en qué idioma le voy a decir a usted que soy el mismo Juan Pere Parodi de cuerpo presente, sí, señor! ¡Ah! ¿Es usted Vargas? ¿Qué se le ofrece? ¿Un negocio? Gracias... No lo dudo. Sí, sí, espatarrante, todo lo que usted quiera. Muy agradecido, pero yo no acepto ya negocios, ni buenos ni malos. *(Indignado.)* ¿Qué? ¿Que no soy Parodi? ¡No sea usted bruto, chanfaina! *(Este chanfaina es la interjección favorita de Parodi.)* ¡No hay de qué! ¿Pero no me conoce usted en la voz? Pues aunque usted no lo crea, es verdad. Voy a cerrar el escritorio. Mejor dicho, lo he cerrado ya desde ayer tarde. ¿No lo sabía? Pues ya lo sabe. He venido, a pesar de ser domingo, para liquidar una cuenta a un cliente. ¿Que si me he enriquecido? *(Haciendo un gesto ambiguo.)* ¡Psch! No me quejo. ¿Millonario? Lo que vulgui... lo que vulga, lo que quiera. Sí, sí. Ahora que en-

gorden los demás, y usted el primero. No vamos a ser siempre los mismos los que engordemos y reventemos a fuerza de ganar dinero. ¿Y por qué he de ser yo el que convide? ¿Eh? Bueno, si no se trata más que de un simple almuerzo... Bien, mañana mismo. Los malos tragos pasarlos pronto, ¡qué caray! *(Se abre la puerta del foro y entra Anita, la mecanógrafa. Avanza de puntillas para no interrumpir la conversación telefónica.)* Hola, señorita, buenos días. En seguida soy con usted. Siéntese. No, no, hablaba con mi mecanógrafa, que acaba de entrar. Entendido, entendido. A la una. ¿En Miramar? Bien, bien. Un almuerzo modestito; soy hombre ímprobo... vamos, sobrio. Un arroz en pollastre, bacalao a la llauma... a la plancha, hombre..., solomillo, ensalada y lo que caiga. ¿Eh? ¿Que la cuenta que la pagaré yo? Bueno. Hasta mañana. Adiós. *(Cuelga el auricular y se acerca a Anita. Esta, que se habrá sentado, se pone de pie.)* No, no se moleste... ¡Hola! ¡Hola! ¡Qué vestido más chic y qué sombrerito!... ¡Chanfaina! ¡Elegante de veras! Dé usted una voltereta, vamos, una vuelta; déjeme que la mire.

ANITA. ¿Le gusta?

PARO. ¡Vaya si me gusta! Claro que es usted joven; pero con este sombrerito parece usted una muchacha. ¡Palabra, me hace usted el efecto de una chiquilla! *(Advierte que le está echando el humo del cigarro a la cara, y tira la colilla.)* Usted perdone. Estaba distraído.

ANITA. ¡Bah! No importa. ¿Por qué ha tirado usted el cigarro? De sobra sabe que no me molesta el aroma del tabaco.

PARO. *(Sonriendo.)* ¿Le llama usted aroma a esta peste?

ANITA. Llámela usted como quiera... ya estoy acostumbrada.

PARO. Naturalmente. Al cabo de tres años... Y ¿a ver qué remedio le quedaba? O acostumbrarse al



olor de mis tagarninas o buscarse otro despacho. Pero si hasta ayer fuí su jefe, su amo... Hoy ya es otra cosa. Hoy tengo que ser amable. *(Con un amplio gesto de su mano derecha.)* ¡Ea! Ya no fumo.

ANITA. *(Imitando su gesto.)* Pues yo, a mi vez, quiero ser generosa. ¡Puede usted seguir fumando!

PARO. *(Sentándose a su lado.)* Después, después. Hay tiempo para todo. *(Indicando con la cabeza el teléfono.)* ¿Qué le parece a usted el imbécil de Vargas? ¿Pues no se resistía a creer lo de mi retirada del comercio?

ANITA. ¡Ah! ¿Era con el señor Vargas con quien hablaba usted?

PARO. El mismo. Me he puesto al aparato porque creí que era otra persona la que llamaba. Se empeñaba en proponerme no sé qué negocio. Como si no estuviésemos hartos de conocer los negocios de ese caballerete.

ANITA. De sobra estaría enterado de la retirada de usted. Figúrese si no se lo habrán dicho ayer en la Lonja.

PARO. Opinamos lo mismo. No en balde ha estado usted tres años a mi lado. Lo que él quiere es que le confirme yo mismo la noticia. ¿Usted me entiende? Porque a él le viene de perilla que yo me retire del mercado. Y para eso quiere que le convide a almorzar: para tirarme de la lengua. ¿Me entiende usted? Ese es un tío muy largo, sí, señora; pero Parodi es mucho más largo que él, ¡chanfaina! ¡Cualquier día le confieso yo a ése por qué me retiro de los negocios! A usted, en cambio, no tengo inconveniente en decírselo francamente. Me retiro porque soy catalán; barceloni y bautizado en San Jaume. Re... una tontería. Bueno, pues el catalán de verdad es respetuoso y bueno y noble... Sí, señora, y vive, si es comerciante, sólo para su negocio. No se mete con nadie, pero quiere ser libre de trabajar cuando le dé la gana y como le dé la gana. Ha nacido libre y

quiere vivir libre y morir libre. Libre, como el pardalet, como el aire; sí, señorita. ¿Usted me entiende? Pues hoy en día, entre los Sindicatos y las Ligas y las Asociaciones, y los de arriba y los de abajo, y los de en medio, aquí no hay libertad para nada, y tiene uno que hacer lo que les dé la gana a los demás. ¡Y esto, no, chanfaina! Esto no lo aguanta Juan Pere Parodi. ¿Me quiere usted decir qué mal hay en que yo trabaje doce, catorce o diez y seis horas diarias, si me conviene trabajarlas, y las pago bien, y mis dependientes están conformes? Y los dependientes, lo mismo los del escritorio que los del almacén, están conformes, porque Juan Pere Parodi les paga bien, ¡chanfaina! Yo trabajaba siempre aquí o en el puerto o en los muelles de descarga, cuando y como se me antojaba. ¡Pues ahora, no, señor! Que si es la fiesta del trabajo, que si es el centenario tal o la conmemoración cual, o el sábado inglés o el domingo norteamericano, o el dimoni que se los menche a todos. Aquí no trabaja ni Dios, empezando por los Bancos, y por el telégrafo, y por las farmacias. Ya no puede uno tomarse un *cachete* de antipirina los domingos, porque las autoridades han dispuesto que descansen los boticarios del fiero trabajo de hacer píldoras y jarabes y porquerías de esas que saben a demonios... Bien está que se descanse los domingos, porque después de todo, somos cristianos, y para algo nos hemos bautizado —yo en San Jaume—, ¡chanfaina! Pero en mi casa quiero ser el amo. En mi casa no manda nadie más que yo. Y ya estoy harto de que si quiero tomar tres huevos con tomate y me diga el Sindicato que no pueden ser más que dos y pasados por agua... Por eso he cerrado el despacho y me retiro de los negocios. Ya lo sabe, usted. ¡Chanfaina! *(El hombre cae sobre una butaca exhalando un suspiro de satisfacción.)*

ANITA. *(Riendo.)* ¡Menudo peso se ha quitado usted

de encima! Se ha despachado usted a su gusto. Confiéseme usted que se encuentra en sus glorias. No le falta a usted más que encender otro peninsular. Bueno, dígame ahora por qué motivo me ha hecho usted venir esta mañana al escritorio.

PARO. ¿No se lo dije a usted anoche? Pues allá va. La he hecho venir para entregarla a usted su indemnización.

ANITA. ¿Mi indemnización?

PARO. Sí, señora. Yo liquido mi hacienda comercial porque me da la gana... Y además la despido a usted. Lo menos que puedo hacer es indemnizarla, lo mismo que a los demás empleados de mi despacho, con el importe de tantas mensualidades como años llevaban a mi servicio. Así lo manda la Cámara de Comercio. Y así lo pago, no porque lo mande la Cámara de Comercio, sino porque quiero y porque es justo pagar a los que han trabajado con uno. *(Sacando un sobre del "bureau".)* Aquí tiene usted. Pero conste que la Cámara de Comercio me importa tres munchetas.

ANITA. Conste. Y... *(Sonriendo.)* Muchas gracias.

PARO. *(Muy brusco.)* No tiene por que dármelas. Me revienta que me dé las gracias nadie.

ANITA. Quedan retiradas.

PARO. En esto de la indemnización, he tratado a todos mis empleados con idéntico criterio, lo mismo a los hombres que a las mujeres... Mire usted, mire usted lo que hay dentro del sobre. Para eso se lo he puesto.

ANITA. Ya lo veré en casa.

PARO. Mentira. Romperá usted el sobre antes de llegar al portal. ¿Quiere usted hacerme creer que puede usted dominar su curiosidad hasta llegar a su casa?

ANITA. Hasta llegar a casa, no. Pero hasta el primer descansillo, sí.

PARO. No vaya usted a hacerse demasiadas ilusiones,

¿eh? *(Anita se pone de pie.)* ¿Tiene usted mucha prisa?

ANITA. Ninguna. Lo hacía por usted.

PARO. Porque si es para averiguar cuanto antes el contenido del sobre, yo se lo digo ahora mismo. Va dentro el sueldo completo de un año. ¡Ah! No vaya usted a intranquilizarse pensando en que los billetes pueden ser falsos... Son legitimos, ¡chan...!

ANITA. ... faina! Diga usted su exclamación predilecta.

PARO. ¿Se va usted a burlar de mí, señorita?

ANITA. ¡Dios me libre! Y hoy menos que nunca, señor Parodi. Lo que ocurre es que cuando ha estado una trabajando tres años en un escritorio y oyendo decir chanfaina a su jefe cada cinco segundos, no puede por menos de soltar alguna chanfaina sin darse cuenta.

PARO. Pero en usted no sienta bien. Nosotros, los hombres de negocios, tenemos que ayudarnos a veces con una palabrota para pasar los tragos amargos... Pero usted es otra cosa... Yo digo chanfaina por no decir una barbaridad. Pero para usted es una palabra que tiene demasiado pimiento y tomate. Bueno, y dígame, dígame. ¿Qué va usted a hacer en lo sucesivo? ¿Va usted a volver a dar lecciones o piensa usted entrar en otro despacho?

ANITA. Ni yo misma lo sé.

PARO. De todas formas, ya sabe usted lo que la he dicho. Si necesitase usted informes o certificados, o cosa por el orden, que me escriban o que vayan a mi casa, y les atizaré un diploma, noy, que ni el ministro de Instrucción pública.

ANITA. Muy amable. (*Se echa a reir.*)

PARO. ¿De qué se ríe usted?

ANITA. De nada; de lo del diploma y de lo del ministro.

PARO. ¡Ah, vamos! Piensa usted que yo no sabría escribir el informe sin plagarlo de faltas de ortografía. Pues le advierto a usted que he cursa-

do tres años del bachillerato. Bueno, tres años del primer año. Pero hablemos de usted. Quedamos en que todavía no ha pensado en el rumbo que a va a darle a su vida.

ANITA. No, señor. Eso de empezar otra vez a dar lecciones es tan cansado... Y luego, es tan difícil encontrarlas... Por otra parte, tampoco quiero ir a meterme en otro escritorio. Con usted era distinto. Usted y yo nos entendíamos muy bien; ya iba comprendiendo su genio y quitando alguna rabieta que otra y alguna palabrota de cuando en cuando...

PARO. Que se me escapaban sin darme cuenta.

ANITA. *(Suspirando.)* Allá veremos lo que hago de mi vida. Todavía no me he decidido a dar ningún paso.

PARO. Si me quiere usted hacer caso a mí, míreselo bien, nada de volver a dar lecciones. La canalla es muy cargante... Vamos... quiero decir los niños. Se necesita una paciencia de santo para bregar con los chiquillos ajenos... Mire usted, señorita... Yo... Yo... *(Se interrumpe, no atreviéndose a continuar.)*

ANITA. Diga usted, diga.

PARO. Usted es de Valencia, ¿verdad?

ANITA. Sí, señor, del Grao.

PARO. Pues mire usted lo que son las cosas, yo no he estado en Valencia nunca. He estado en Noruega y en Escocia, pero en Valencia, no; es raro, ¿verdad? Pues no es raro, no, señora; porque en Escocia y Noruega tenía negocios de bacalao, y por aquí, no.

ANITA. Ya me figuro que debe ser difícil pescar bacalao en Valencia.

PARO. Claro que sí. Y el caso es que siempre estaba diciéndome: "En las próximas Pascuas te vas a Valencia." Y transcurrían las Pascuas y pensaba: "Del Carnaval no pasa." Y llegaba Carnaval y lo dejaba para la Cuaresma. Es una verdadera vergüenza que un hombre de mi edad y de mi posición no conozca una capital

como ésa, que está como quien dice detrás de la puerta. Pero lo que es ahora... ¡de ahora no pasa, chanfaina! ¿Quiere usted venir a Valencia, Anita?

ANITA. ¿Yo? ¿Para qué? ¡Si me la sé de memoria!

PARO. No importa. ¿Quiere usted venir conmigo?

ANITA. *(Sonriendo.)* ¿Con la máquina o sin la máquina?

PARO. ¿Con qué máquina?

ANITA. Con la de escribir. ¿Con cuál iba a ser?

PARO. No. Iremos en "auto". ¿Acepta usted?

ANITA. ¿No se trata de ir a trabajar? *(Parodi niega con la cabeza.)* ¿Se trata entonces de divertirle a usted?

PARO. *(Entre molesto y azorado.)* ¡Mujer! Eso de divertirme... Entiéndame usted, ¡chanfaina!

ANITA. Le entiendo a usted perfectamente, señor Parodi.

PARO. No creo que sea una cosa del otro mundo invitarla a usted a ir a visitar la ciudad donde usted ha nacido. *(Insinuante.)* Subiríamos al Miguelito.

ANITA. Al Miguelete.

PARO. Es igual... Después iríamos... Bueno, ¿para qué la voy a decir a usted adónde iríamos? Usted conoce aquello mejor que yo. Crea usted, nos divertiríamos en grande...

ANITA. ¿Y después?

PARO. ¿Después?... Después nos volveríamos aquí.

ANITA. ¿Y antes?

PARO. *(Sin comprenderla.)* ¡Antes!

ANITA. Me parece, señor Parodi, que no es usted hoy tan franco como todos los días... Se advierte que se le olvida a usted un detalle importante... acaso el más fundamental. ¿Que quiere usted ir a Valencia, y le aburre hacer el viaje solito? Nada más natural. Pero, ¿por qué entre todas las mujeres que podrían acompañarle se ha ido usted a fijar en mí precisamente? Confiéseme usted que se trae usted una combina-

ción oculta. Vamos, sea usted franco, señor Parodi. Destápese...

PARO. *(Tragando saliva.)* Eso de destaparme... Le diré a usted... Plan, lo que se dice plan, no tengo ninguno. Tomábamos el tren, llegábamos a Valencia... Estábamos en Valencia... Y luego... Pues como la vida tiene sus casualidades y sus cosas... Lo que pasa... Y como de una cosa nace otra... Dios sabe lo que podría nacer... ¿verdad? *(Anita no contesta; ha inclinado la cabeza y permanece obstinadamente en silencio. Hay una pausa.)* ¡Chanfaina!... ¿La he ofendido a usted?

ANITA. *(Pasándose una mano por los ojos.)* No, señor Parodi, no se preocupe usted. Afortunadamente ya no soy ninguna chiquilla.

PARO. ¿Lo ve usted cómo se ha ofendido? *(Furioso.)* ¡Y pensar que me había aprendido de memoria lo que quería decirla! La culpa la tiene ese imbécil de Vargas con su llamada intempestiva.

ANITA. Le repito que no me doy por ofendida. No hay motivo tampoco. Usted se ha limitado a hacerme una proposición. "Si le conviene, la acepta, y si no, la rechaza." ¿No es así?

PARO. Ni más ni menos.

ANITA. Un negocio como otro cualquiera, ¿verdad?

PARO. ¡Mujer! Tanto como un negocio... Tiene usted una manera de decir las cosas... Ahora soy yo quien se da por ofendido. ¿Por quién me ha tomado usted? Una cosa es el bacalao y otra cosa es la amistad...

ANITA. Una cosa es el amor y otra el capricho, ¿no?

PARO. Lo que usted quiera. Pero conste que no ha sabido usted apreciar lo delicado de mi proceder para con usted.

ANITA. Es posible.

PARO. Como se lo digo, sí, señora. Porque en lo que tenía usted que haberse fijado no era en las palabras, sino en los hechos. Hasta ayer mismo ha sido usted una de mis empleadas... Yo la pagaba a usted...

ANITA. Para que trabajase.

PARO. Naturalmente que para que trabajase... ¡Qué afán de interpretarlo todo torcidamente! En resumen, yo era el amo. Cierto que usted podía mandarme a escardar cebollinos si yo la hablaba de una cosa ajena al escritorio y a sus obligaciones de mecanógrafa. Pero el caso es que yo no me he querido aprovechar de mi condición de amo. ¿Está claro? A mí no me ha gustado nunca echármelas de amo en el terreno tan... tan particular... Eso de tener que mandarla a usted a copiar una factura en el libro copiador y ferla el ullet... vamos, y guiñarla al mismo tiempo un ojo... ¿me entiende? Eso no es para mí.

ANITA. Pues ya ve usted. A mí me hubiesé gustado.

PARO. ¿Qué dice usted?

ANITA. Lo que usted oye, señor Parodi. Y no vaya usted a figurarse que por miedo a perder el empleo, no, sino precisamente por el aquel de que era usted el amo. Nosotras las mujeres, cada una a nuestra manera, siempre andamos buscando un amo. Y si resulta a lo mejor que este amo es el amo, ¿usted me entiende?... pues nos halaga resultar la preferida. Si hace seis meses se hubiese usted insinuado conmigo, hubiese resultado que yo era la elegida entre todas las empleadas. Hubiera sido un honor... Algo así como la favorita, y hubiese despertado la envidia y la maledicencia de este diminuto mundo del escritorio. Ahora, en cambio, ya es otra cosa... Ahora sería la entretenida, la amante... *(Conteniendo un ademán de Parodi, que quiere estallar.)* Déjeme que termine. Hace seis meses tal vez yo hubiera podido creer que sentía usted por mí algo más sincero... Pero, no; usted ha retenido a su lado a la pobre secretaria sin decirle nunca ni tanto así, acaso por miedo a perder una empleada que le era útil. Y ahora, al retirarse de los negocios, se ha dicho usted para su capote: "En la oficina ya no me hace

falta. Voy a ver si le conviene otra clase de servicios." Pues, no, señor; no me convienen. *(Dándole unas palmadas afectuosas en las rodillas.)* Además, señor Parodi, puesta a escoger, escogería a un hombre que no hubiese cumplido todavía los cuarenta y seis años, ¿son cuarenta y seis o cuarenta y siete?, y que no me infundiese ese respeto irremediable que el jefe tiene que infundir a la fuerza. Escogería un muchacho de mi edad, que me llevase los domingos, del brazo, a paseo, al teatro o al "cine", y a quien yo pudiera mandar lo que se me antojase. Porque siempre ha de haber uno que mande, ya sea el hombre, ya sea la mujer... Por lo menos así es como entiendo yo el amor, señor Parodi.

PARO. *(Contemplándola con admiración, al cabo de una pausa.)* Me gusta usted, Anita. Tiene usted mucho talento. *(De repente, como recobrando bríos.)* De primera. No hay más que hablar. Usted será la que mande... o yo... o el que usted quiera.

ANITA. Le repito que ya es tarde. Hemos trabajado juntos unos años. Ha sido usted para mí un jefe inmejorable. Yo he sido para usted una buena empleada... Separémonos como buenos amigos... y no se hable más del asunto. *(Intenta levantarse.)*

PARO. *(Deteniéndola.)* ¿Sabe usted que me causa un verdadero dolor?

ANITA. No exagere usted, señor Parodi.

PARO. Un disgusto muy hondo, muy hondo. Se lo juro a usted. Me gusta usted, Anita. Me ha gustado usted desde el primer día... lo que se dice una verdadera barbaridad.

ANITA. *(Riendo.)* ¿Y ha esperado usted tres años a decírmelo?

PARO. Tiene usted razón, sí, señora; muchísima razón. *(Pequeña pausa.)* Vino usted al escritorio un domingo por la mañana, ¿lo recuerda us-

ted? Yo estaba en mangas de camisa. ¿Se acuerda?

ANITA. Sí, señor. Y al entrar yo no se le ocurrió siquiera ponerse la americana.

PARO. *(Molesto.)* Estaba en mi casa.

ANITA. Hizo usted muy bien.

PARO. Además, era domingo y no esperaba a nadie.

ANITA. ¿No le digo que hizo usted muy bien? Recuerdo que me causó usted mucha impresión. "Guárdese usted todos esos papelotes—me dijo usted por mis certificados—. De todos sus estudios y de todos sus diplomas se me da una higa."

PARO. *(Ingenuo.)* ¿Dije una "higa"?

ANITA. Exactamente. "Vamos a probarnos mutuamente", concluyó usted. Y, en efecto, todo marchó como una seda.

PARO. ¿Confiesa usted que he resultado un hombre honrado y un jefe buenísimo?

ANITA. No lo niego... pero en este momento y sin máquina de escribir, no hay nada que hacer, señor Parodi. No hemos nacido el uno para el otro. Me lleva usted más de veinte años.

PARO. ¡Otra vez los años! ¡Otra vez a ofenderme con eso de la edad! Ya sé que no soy ningún crío, pero tampoco estoy hecho un carcamal, ¡chanfaina!

ANITA. Tenemos, además, gustos muy diferentes. Usted, por ejemplo, no sabe fumar más que estas horrendas tagarninas que a mí me revuelven el estómago.

PARO. Pero no había dicho usted antes...

ANITA. Como empleada modelo no tenía más remedio que resignarme. Pero como novia no se los aguanto ni al caballero del Cisne. Además, tampoco toleraría a usted que le gustasen esos guisotes que le vuelven loco.

PARO. ¡Pero, Anita!

ANITA. Esos canalones con tres dedos de grasa, ese pisto infernal, con una arroba de tomate...

PARO. ¡Chanfaina! *(Como enloquecido.)* ¿No le gusta a usted la chanfaina?
ANITA. No, señor; no me gusta.
PARO. ¿Ni la sopa de arenques? ¿Ni el alioli?
ANITA. Tampoco, no, señor.
PARO. *(Abrumado.)* ¡Mare de Deu!
ANITA. ¿Lo ve usted cómo no congeniamos? *(Con picardía, y como si quisiera escurrírsele de entre las manos.)* En cambio, Luisita...
PARO. *(Dando un brinco.)* ¿Qué? ¿Qué ha dicho usted? ¿Qué tiene usted que ver en mis asuntos particulares? A ver qué ha querido usted decir con eso de Luisita... desembuche, desembuche.
ANITA. Nada... no he querido decir nada en absoluto... Le suplico que me permita retirarme. Debe ser ya mediodía, y tengo que volver a mi casa.
PARO. ¡Ca! ¡No, señora! Usted no sale de aquí sin explicarme eso de Luisita.
ANITA. ¿Y qué quiere usted que le explique? Que lo sé todo.
PARO. ¿Y qué es todo?
ANITA. Pues que Luisita y yo tenemos la misma modista.
PARO. *(Convencido.)* ¡Ah!
ANITA. Un día salía ella cuando entraba yo, y la modista me preguntó si no conocía a la amiguita del señor Parodi.
PARO. Y usted, ¿qué contestó?
ANITA. Que no conocía ni a la amiguita ni al amiguito.
PARO. ¡Qué frescura!
ANITA. ¿Y la de usted, señor Parodi? ¡Declarársememe a mí teniendo a Luisita!
PARO. Es que si me quedaba con usted, a Luisita le daría una indemnización.
ANITA. ¿La que fija la Cámara de Comercio? ¡Pobre Luisita!
PARO. ¡Y dale con Luisita! ¿A que va a resultar, al fin y a la postre, que es usted la que tiene un Luis escondido?
ANITA. ¿Y por qué no?
PARO. ¡Chanfaina! ¡Algún maestro de escuela!

ANITA. No, señor. Era un tenedor de libros. Nos íbamos a casar... Pero murió antes de que me empleara yo en su escritorio de usted. Desde entonces Valencia se me caía encima, y dejando plantados alumnos y estudios, me vine a Barcelona a luchar... y a olvidar...

PARO. ¡Pobre! (*Conmovido y con voz queda.*)

ANITA. Convénzase usted de que yo no hubiese resultado para usted una compañera muy divertida... (*Sonriendo.*) En cambio Luisita...

PARO. (*Furioso.*) ¿Otra vez? ¿La conoce usted siquiera? Ya supongo que no, porque no hablaría usted con ese tono tan desdeñoso.

ANITA. (*Sorprendida.*) ¿Desdeñoso?

PARO. ¿A ver qué se ha creído usted que es Luisita? Pues para que usted se entere: tan buena y tan honrada como ella, puede que la haya, pero más que ella, nadie, ni usted misma... ¡Ya lo sabe usted! Yo sé el trabajito que me costó hacerme querer. Pero un golpecito hoy, otro mañana... ¿No dicen que a fuerza de golpes se caen los peñascos y se desmoronan las montañas?... ¿Pues cómo no van a caer también ustedes las mujeres? ¿Y de quién es la culpa?

ANITA. ¡Vaya una pregunta!

PARO. ¿Cómo que vaya una pregunta?

ANITA. ¿De quién ha de ser? De usted, exclusivamente, don Juan Pedro Parodi, de ustedes, que son todos unos bribones redomados.

PARO. (*La coge una mano al vuelo, va a contestarla... pero en este momento suena el teléfono. Los dos pegan un brinco.*) ¡Maldito instrumento! ¡Toca... toca! (*Furioso, dirigiéndose al aparato.*) Aunque te desgañites me da lo mismo.

ANITA. No, no; atienda usted, señor Parodi.

PARO. No me da la gana. Toca... toca...

ANITA. ¿Quiere usted que me retire?

PARO. ¿No le digo a usted que no contesto? Ni aunque tocase una sardana. Ja, ja...

ANITA. Pero ¿por qué?

PARO. Pues porque sé quién es la que la toca.

ANITA. Razón de más. (*Ante la llamada persistente del teléfono.*) O contesta usted, o me pongo yo al aparato. Elija usted.

PARO. (*Con gesto resignado y cogiéndole el auricular.*) ¿Quién anda ahí? Sí, soy yo. ¿Qué pasa?

ANITA. (*Sonriendo y con tono engolado.*) ¡La voz del hogar!

PARO. (*Lanzando una mirada furiosa a Anita, pero continuando su diálogo telefónico.*) ¿Eh? ¿Que ya has vuelto de misa? ¿Y qué? ¿Qué tenemos con que hayas vuelto? Naturalmente que sí que voy a almorzar.

ANITA. ¿Por qué no se casa usted con ella?

PARO. Chanfaina. ¿Se ha vuelto loca? No, no es a ti. ¿Cómo?

ANITA. Hágame usted caso Ya que ha liquidado usted sus negocios, dé por liquidada también esta vida de irregularidad que arrastra usted.

PARO. ¡Calli, calla! (*No sabiendo ya con quién habla.*) ¡Tú no! ¡Habla! Que está usted loca. ¡Que no es a ti, caray!

ANITA. Si me promete usted casarse con Luisita, le doy un beso.

PARO. ¿De veras? (*Al teléfono.*) Dentro de diez minutos.

ANITA. O ahora mismo, con tal de que me dé usted su palabra.

PARO. ¡Pues hala, venga! (*Escuchando por el teléfono.*) ¡Eh! ¡Magnífico! (*A Anita.*) ¡Venga de una vez!

ANITA. ¿Me da usted su palabra de comerciante?

PARO. (*Al teléfono y a Anita, indistintamente.*) ¡Que sí, mujer! ¡Que sí! (*Separa el auricular del oído y acerca su rostro a los labios de Anita. Anita duda un momento, luego se echa hacia atrás haciendo un mohín de disgusto.*)

ANITA. Cierre usted los ojos... y no los abra hasta que yo le diga.

PARO. Bueno. Hala... ¡Venga! (*Cierra los ojos.*)

ANITA. ¡Ya! (*Saliendo luminosa y alegre como un rayo de sol, por el foro.*) ¡Ja, ja, ja!

PARO. ¡¡Chanfaina!! (*Al teléfono.*) ¿Eh? Sopa de arenques, bacalao a la llauma y alioli... ¡Menos mal! ¡Váyase lo uno por lo otro!

TELON

ACTO SEGUNDO

En el comedor de la casa de Luisita. Muebles ricos, pero de un gusto chabacano. Colgado a la izquierda, un cuadro al óleo de Luisita en tonos escandalosos. Es un domingo por la tarde. Parodi, en mangas de camisa, está tumbado en un butacón oyendo un disco de gramófono de música italiana y "tirando" de su imprescindible tagarnina. Al levantarse el telón, el disco termina y Parodi canta, por lo menos así lo cree él, las últimas notas con una voz inadmisible, incluso para un traficante en bacalao.

PARO. ¡Bravo, bravo! Eso es música y no lo que hacen ahora. Y eso es una voz de tenor y no la de estos grillos de hoy, que no valen ni para tenerlos al balcón en una gavia. (*A Luisa, que está guardando el disco.*) Qué, ¿te ha gustado, Luisa?

LUISA. ¡Ya lo creo!

PARO. Digan lo que digan los papeles, ya no se escriben óperas como "El Trovador", ni operetas como "La Mascota", ni comedias de esas sin canto como "Felipe Derblay". (*Dígase como está escrito.*) ¿Te acuerdas de Felipe Derblay? Aquel hombre enriquecido a fuerza de trabajar como un bruto, que se enamora de la Duquesita arruinada y se casa con ella, a pesar de que la muy cursi prefería a un noble sin vergüenza y sin dos cuartos. ¿Te acuerdas cuando el marido y el noble se baten a pistola y resulta herida la propia Duquesa, que se mete por medio?... Esos son dramas. ¿Te acuerdas o no, papanatas?

LUISA. No me he de acordar. Les vi esa función a unos aficionados un domingo que tú te fuiste a pasar el día a Calella Me divertí la mar. Me pasé toda la tarde llorando. Yo, como no llore en el teatro, no me divierto. Porque luego, a la salida, me seco las lágrimas y me echo a reír como una tonta, pensando en que todo aquello es mentira.

PARO. Ya no se escriben dramas como ése. Ahora están de moda esos otros de cosas de filosofía y de análisis farmacéutico, que te arman un dolor de cabeza, que a la segunda escena tienes que mandar al acomodador por aspirina.

LUISA. ¿Quieres que ponga "La donna e mobile", o prefieres el "Adiós a la vida", de "Tosca"?

PARO. ¿A qué hora le has dicho a ésa que vuelva?

LUISA. ¿A quién? ¿A la chica? A la hora de cenar. Le di permiso porque el domingo pasado, que le tocaba salir, estuvo diluviando toda la tarde.

PARO. (*Con ampulosidad.*) Has hecho mol bien. Todo el que trabaja, y especialmente los dependientes y criados, tienen derecho a disfrutar de cuando en cuando su mica de solaz y de esparcimiento. Lo que decía mi padre: "La semana al travall y el dimenche al ball." Y, efectivamente, se iba todos los domingos a un baile y se pasaba las horas muertas dándole a los pies. Era un *as* el pobre. (*Después de un nostálgico suspiro.*) Ya, para mí, todos los días son domingo.

LUISA. Bastante has trabajado en esta vida. Bien ganado tienes el descanso.

PARO. (*Poco convencido.*) Ya va para dos años que me retiré del negocio. Juan Pere Parodi, paseándose de sol a sol por las Ramblas o mirándose en el parque por millonésima vez las cuatro bestias que hay, peladas y aburridas como yo... Esta vida no es para mí. ¡Me consumo, chanfaina, me consumo!

LUISA. ¡Alabado sea Dios! ¿Pues para qué has cerrado el escritorio entonces?

PARO. (*Furioso.*) De sobra sabes por qué lo mandé todo al diablo. En aquellos días no podía uno

ni respirar siquiera. Afortunadamente, ahora son otros tiempos. Pero no vayas a creerte que estoy arrepentido... Por lo menos me he evitado enfermar del hígado. Pero se hace muy cuesta arriba que todo un Juan Pere Parodi, que nació en el trabajo y se crió en el trabajo... (*En este momento llaman a la puerta.*) ¿Han trucat? ¿No se habrán equivocado de puerta?

LUISA. ¡Qué sé yo! El lechero ha venido ya...

PARO. A ver si es un gracioso de esos que llaman y echan a correr. Pues como le pille se gana una lenfa.

LUISA. ¿Voy a ver?

PARO. Aguarda. Si es una visita ya volverá a llamar. (*Vuelven a llamar.*) Espérate. Voy yo mismo.

LUISA. ¿Pero vas a abrir así, en mangas de camisa? (*Sale Luisa. Queda solo Parodi. Tararea unas notas de la "Donna e mobile", intercalando un gallo pavoroso. Tose, carraspea, se ensancha el cuello de la camisa.*)

PARO. Hasta la voz se me ha ido a hacer gárgaras... Claro que es adonde debía irse...

LUISA. (*Entrando emocionada.*) ¿A que no aciertas quién es? ¿A que no te lo imaginas? ¡Aquella señorita a quien tenías de secretaria en el escritorio: Anita Grasot!

PARO. ¡Anita! ¡Que pase, que pase en seguida!

LUISA. (*Con el gesto y con la palabra.*) Pero ¿y la americana? ¿La vas a recibir así?

PARO. Es verdad. Es verdad. Hazla compañía mientras tanto. (*Parodi hace mutis por la derecha. Luisa lo hace por el foro, volviendo a entrar seguida de Anita.*)

LUISA. (*Tímidamente, sin saber qué decir.*) Siéntese...; en seguida saldrá.

ANITA. (*Sentándose. Luisa permanece de pie.*) Muchas gracias... Pero, por Dios, señora, no se moleste usted por mí. Nada de cumplidos. Si tiene algo que hacer...

LUISA. (*Ingenuamente.*) No; si no puedo marcharme. Tengo que hacerla compañía hasta que venga.

ANITA. (*Sonriendo.*) Comprendido. (*Una pausa.*) Séame usted franca: ¿se ha enfadado el señor Parodi al saber que era yo?

LUISA. Al contrario. ¡Se ha puesto más contento! Como el pobre no habla con nadie ahora...

ANITA. ¿De veras no le ha molestado? ¡Más vale así! (*Otra pausa.*) Perdóneme usted que me haya atrevido a venir a su casa y en día festivo... Pero precisamente he tenido que aprovechar que era domingo. Porque sigo empleada, ¿sabe usted? (*Otra pausa.*) Usted es doña Luisita, ¿verdad?

LUISA. Sí, señora, sí: Luisita...

ANITA. Ya decía yo. (*Nuevo silencio.*) Hace mucho tiempo que vive usted en Barcelona, pero usted no es de aquí, ¿verdad?

LUISA. No, señora, no; soy de Alcañiz.

ANITA. Ya. Me lo había dicho. Pero no se crea usted que el señor Parodi, sino la ... Yo, en cambio, soy valenciana. (*Otro silencio.*)

LUISA. De Valencia, ¿no? (*Otro silencio.*)

ANITA. Sí... Valenciana; de Valencia. (*Sale Parodi resplandeciente. Se ha puesto americana y chaleco. Da la sensación de que ha rejuvenecido en un instante.*)

PARO. ¡Señorita Grasot! (*La coge las dos manos y la mira conmovido.*) ¡Cuánto bueno! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡ Vaya con la ingratona ! Cuánto ha tardado usted en dar con el camino de esta casa, mujer... Déjeme, déjeme que me la mire bien. Tanto tiempo sin verla... ¿Pues sabe usted lo que la digo? Que está usted más desmejorada que cuando trabajaba en mi escritorio. Bueno, ¿qué? ¿Le ha hecho compañía Luisita? (*Dándola un golpecito a Luisa en la mejilla.*) ¡Bravo por Luisita! ¡Aquí tiene usted a mi Luisita! En alguna ocasión la he hablado de ella, ¿no? Es muy apocada. Cualquier cosita la avergüenza y la hace un lío, pero como buena, pan de flor... ¡Un llunguet! (*Dirigiéndose a Luisa.*) Aquí tienes a la célebre Anita Grasot,

la mes maca y más inteligente de las mecanógrafas de mi escritorio...

ANITA. (*Un tanto conmovida.*) ¡Por Dios, señor Parodi! ¡Va usted a conseguir que me ruborice!

PARO. ¿Y para qué se va usted a hacer eso? Es la pura verdad. Demasiado sabe que yo no entiendo de galanterías Al pan... paa... y a los garbanzos sigrons.

ANITA. ¡Siempre tan bueno! ¡Si viera usted la alegría que me da verme acogida por usted tan cordialmente! Porque tenía miedo de que mi visita le resultase molesta, o por lo menos inoportuna... Si no hubiese sido por eso ya hubiera venido hace mucho tiempo. Precisamente se lo decía hace un instante a doña... (*Al mirar a Luisa la sorprende haciendo mutis de puntillas.*)

PARO. ¿Pero qué es eso, Luisita? ¿Te vas así, sin decir una palabra?

LUISA. Creía que tendrían ustedes que hablar.

PARO. El que tengamos que hablar no quita para que obsequies a Anita, por lo menos, con una copita y unas pastas.

ANITA. ¡Oh, no, señor Parodi! De ninguna manera.

LUISA. Tenemos un poco de tarta de melocotón.

ANITA. No, no; se lo agradezco mucho, pero no tomo nada.

LUISA. (*Mirando a Parodi, como solicitando su aprobación.*) Si la señorita quisiera quedarse a cenar con nosotros...

PARO. (*Entusiasmado.*) ¡Bravo, Luisita! ¡Muy bien! ¡Y yo que pensaba que no se te ocurrían cosas grandes!

ANITA. No, no. Mil gracias. No puedo quedarme. Lo agradezco lo mismo.

PARO. (*Resignado.*) ¡Cómo ha de ser! (*Le indica con un gesto a Luisa que puede retirarse.*)

LUISA. (*Mirando siempre a Parodi.*) Otra vez será..., porque espero que tendremos el gusto de verla otra vez por aquí.

PARO. (*Estupefacto.*) ¡Pero Luisita! ¡Te me has convertido en diplomática de repente!... ¡Bien por

mi ovejita! (*Haciendo una transición brusca.*) Apa, ya te puedes largar cuando gustes. (*Luisa saluda con la cabeza y hace mutis por la derecha. Hay un corto silencio.*) Conque... usted dirá, señorita. Ante todo, con entera franqueza: ¿esta visita es absolutamente desinteresada, o se trae usted algo escondido en el buche? De ser así, ¡anímese! "Eche usted por esa boca" —como decía el capitán del barco en que yo iba al bacalao cuando nos mareábamos.

ANITA. (*Un poco apurada.*) Ya le diré...

PARO. Cuando usted quiera. No tenemos ninguna prisa. Ya pasaron los tiempos en que nos apurábamos por temor a perder el correo. ¿Se acuerda usted? (*De repente, como recordando.*) ¡Ah! ¿Sabe usted que al cabo fuí a Valencia? ¡Es bonita aquella tierra! ¡Qué de flores y de chicas preciosas! Debe ser la especialidad del país. Que sea enhorabuena.

ANITA. ¡Tiene gracia!

PARO. A propósito de preciosidades... ¿Ha encontrado usted ya aquel tipo de hombre perfecto, o sigue usted buscándolo?

ANITA. (*Sin gran entusiasmo.*) Ya lo encontré...

PARO. ¿Ah, sí? ¿Y quién es ese dichoso mortal..., si se puede saber? Se lo pregunto a usted por curiosidad nada más. ¡Figúrese! Supongo que, por lo menos, habrá tenido usted suerte en la elección. ¿Cuándo lo ve usted? ¿Por la mañana o por la tarde?

ANITA. A todas horas. Vivimos juntos. Como usted con doña Luisita.

PARO. (*Queda confuso, entristecido, sin saber qué decir.*) ¡Chanfaina! (*Una pausa.*) ¿Y cómo ha sido eso? ¿Cómo una criatura como usted ha podido...? (*Se levanta y pasea nerviosamente por la habitación.*) Pues no me agrada, francamente. No, señora, no; ni muchísimo menos. ¡Chanfaina! Claro que es usted muy dueña de... no, no, más vale que no acabe la frase... (*Anita, con la cabeza inclinada, permanece en silen-*

cio.) Como si no hubiese ya demasiadas que... Perdone usted. No sé lo que me digo. Que le conste que me acaba usted de causar una pena muy honda, muy honda... (*Deteniéndose de repente frente a Anita.*) ¿Es casado?

ANITA. Soltero.

PARO. Menos mal. (*Más tranquilo.*) Ya me parecía a mí... Por lo menos se casará con él. Nada, nada, cuente usted con un buen regalo. Supongo que él pensará casarse.

ANITA. (*Con un gesto evasivo.*) ¡Psch!...

PARO. (*Saltando.*) ¿Qué quiere decir eso de "psch"?...

ANITA. Pues que no ha dicho que sí ni que no, pero hasta la fecha...

PARO. ¡Ah! ¿Y por qué no quiere casarse? ¿Qué es lo se ha creído ese villano? Una muchachita tan seria, tan formal, que en los años que estuvo en el escritorio no hubo nadie que se pudiera vanagloriar de haberla tocado el pelo de la ropa, que hasta yo mismo no me atreví a hacerla una proposición... insignificante. ¡Qué villanía ha sido ésta de engañar a una pobre mujer!...

ANITA. (*Dolida.*) ¡Señor Parodi!

PARO. ¿La ha engañado o no la ha engañado? Y si no la ha engañado, ¿por qué no se casa con usted? Contésteme. ¿Por qué no se casa con usted?

ANITA. (*Dulcemente, sin darle importancia.*) Y usted, ¿por qué no se casa con Luisita?

PARO. (*Furioso.*) Ahora estamos hablando de usted y no de mí, ¡chanfaina!

ANITA. Pues bien, señor Parodi. No se casa conmigo... por lo mismo que usted no se casa con Luisita. (*Acalorándose gradualmente.*) Porque le resulta más cómodo así; porque sus padres se oponen, según dice... Pero no es verdad. O puede que lo sea si a mano viene; pero yo estoy convencida de que si dijese la verdad: que él había sido mi primero y único cariño y que me había prometido hacerme su mujer... En fin, la verdad, que no quiere casarse porque es un

bribón, ¡ea! *(Arrepintiéndose inmediatamente de lo que ha dicho.)* No, no me haga usted caso, señor Parodi. En el fondo es buenísimo. Lo que pasa es que es muy débil, muy indeciso, que lo va dejando para otro día, que no acaba de decidirse. Que tiene el orgullo de no querer depender de su gente, ¿sabe usted?, ni de pedirles nada... Si tuviera yo unos ahorros o él encontrase algo seguro... Y no es que le falte voluntad. El pobre no para de dar vueltas. *(Decidiéndose al cabo.)* ¡Ayúdele usted, señor Parodi! Tiene usted nuestra vida en sus manos... Ahora ya sabe usted por qué he venido a verle...

PARO. *(Una pausa.)* Si estuviera todavía en el comercio, menos mal, pero ahora... Ahora no me hace caso nadie. No valgo un perro gordo. Desde que cerré el escritorio ya no me saluda nadie, ni en los muelles, ni en la Rambla, ni en ninguna parte. ¡Ni un perro gordo! Las contadas veces que salgo de casa, me llego hasta Colón y me tumbo panza al sol como una lagartija, como un ancianito del Asilo; todo, menos mirar hacia el mar, para que no me dé la tentación de ver un cochino barco. ¿Se da usted cuenta? No valgo res, res, ni una indecente tagarnina de las que tanto la indignaban a usted.

ANITA. No diga usted eso. Bien sabe usted que no es verdad.

PARO. ¿Que no es verdad? Lo dice usted por oírme, ¿no? ¡Bien! Cuando pienso que aquel Juan Pere Parodi, que era capaz de no acostarse en tres días cuando era preciso dirigir el cargamento de un barco, se pasa ahora horas enteras hecho un gandul por las calles y se levanta a las nueve y a las diez de la mañana, créame, me da vergüenza de mí mismo... Qué, ¿no me cree usted? Pues pregúnteselo usted a los vecinos.

ANITA. Si lo creo. ¿Por qué no voy a creerle? Lo que tiene es que me he expresado mal; perdóneme usted. Lo que yo quería decir es que con que se

tomase usted un poquito de interés, con que recomendase usted a mi Rafael a cualquier parte... Porque no hay que darle vueltas: Parodi, siempre es Parodi. Para todo se necesita padrinos y para esto del comercio, más. Sume usted a eso lo delicado del ramo en que trabaja... Ya se lo advirtió usted mismo.

PARO. ¿Cómo que se lo advertí yo mismo? ¿Pero es que le conozco yo?

ANITA. Ya lo creo que le conoce.

PARO. Vaya, desembuche de una vez.

ANITA. Pero, ¿de veras no se lo ha imaginado usted?

PARO. No me he imaginado nada. Acabe ya, con mil demonios.

ANITA. Pues estaba empleado en su escritorio, lo mismo que yo. Allí fué donde nos conocimos. De modo que usted tiene parte de culpa en lo que ha sucedido.

PARO. ¡Que yo tengo la culpa!

ANITA. Es Rafael Colombi.

PARO. *¿El Morenito?*

ANITA. Sí, señor; aquel a quien le habían puesto ustedes *el Morenito. (Una pausa.)*

PARO. Listo, sí es el muchacho, no hay que negarlo; y como presumido, también.

ANITA. (*Con ternura.*) ¡Pero es más bueno!...

PARO. Muy peinadito, muy atusadito, con media cana de puños saliéndole de las mangas de la americana, lo cual no es una cosa seria, diga usted lo que quiera. Pero, en fin, como listo y conocedor del oficio, lo es. Tratándose del *Morenito,* ya es otra cosa. Vamos a ver: ¿trabaja mucho?

ANITA. Mucho...; mejor dicho, el pobre querría trabajar mucho.

PARO. Bueno, pero ¿quién le fía?

ANITA. (*Evadiendo la respuesta.*) El pobre, ¿sabe usted?, trabaja lo que puede en arenques, en bacalaos...

PARO. (*Con un poco de énfasis.*) ¡Ah, el bacalao es la mercancía más delicada que existe! Hay que te-

ner un ojo clínico de primer orden. ¿Usted cree que el pobre *Morenito?*...

ANITA. Ya se acordará usted de lo contento que estaba con él en el escritorio. Pues ahora, hágase usted cargo, ha adquirido mucha más experiencia... Pero mire usted, señor Parodi, más vale que se lo diga a usted todo con entera franqueza. Es el caso que Rafael..., que Colombi...

PARO. *El Morenito.*

ANITA. (*Transigiendo.*) Bueno, *el Morenito;* es el caso que va a venir hoy mismo a hablar con usted.

PARO. ¿El también? ¿Se trata de un complot, no?

ANITA. No, señor; nada de eso. El no quería venir de ninguna manera. Yo he sido quien se lo he aconsejado.

PARO. Tan presumido y tan vanidoso como siempre.

ANITA. El no sabe que yo he venido a verle, naturalmente. Me lo tiene prohibido en absoluto. Dice que las mujeres no tenemos que meternos en estas cosas. Pero, ¡qué sé yo! Se me figuró que, viniendo yo en persona a hablar con usted, lograría ayudarle... ¡Ha sido usted siempre tan bueno para mí! Pero, por Dios, no vaya usted a decirle que he estado aquí, ni que me ha visto siquiera. Ya sé que no he hecho nada malo. Pero, de todos modos, ya sabe usted cómo son ustedes los hombres de celosos y de mal pensados, y el orgullo que tienen, además, de no deberle nada a su mujer... No sé si usted me entiende. Me parece que no logré explicarme.

PARO. ¡Que no se explica, y me está usted volviendo loco con su retahila! Bien dicen que el amor le desata a uno la lengua. ¡Valiente canalla está el amor, chanfaina! (*Llaman a la puerta en este momento.*)

ANITA. ¡Ay, Dios mío! ¡Es él! ¡Es él! No me cabe duda de que es él. ¡Cómo iba yo a sospechar que vendría tan pronto! ¿Y qué hago yo ahora? (*Busca maquinalmente dónde esconderse.*)

PARO. No, por ahí no. (*Indicando la puerta de la derecha.*) Váyase allá dentro con Luisita, y ya le

diré a usted luego lo que haga al caso. (*La empuja hasta que hace mutis y luego sale por el foro para abrir la puerta. Inmediatamente se le oye hablar dentro.*) ¡Carambas! ¿Usted por aquí? ¡Qué sorpresa tan inesperada! Pase, pase.

COLOM. (*Entrando, seguido de Parodi. Es un muchacho joven, simpático y elegante.*) Usted me perdonará, señor Parodi, que haya venido a molestarle.

PARO. (*Lo menos acogedor posible.*) Siéntese, siéntese, y dígame en qué se figura que yo le puedo servir.

COLOM. (*Un poco azorado.*) Le diré a usted. Yo querría... Me va usted a perdonar, ¿verdad, señor Parodi?

PARO. Sí, señor, mire, dígame usted lo que quiere, sin más absoluciones.

COLOM. Pues yo... le diré a usted. Me he atrevido a venir para pedirle a usted un consejo, un consejo que tal vez sea una ayuda.

PARO. (*Que se ha quedado de pie y le observa con una fijeza burlona.*) ¡Conque un consejito! Pues vaya usted diciendo...

COLOM. Es el caso que...

PARO. ¡Que vaya usted diciendo, hombre de Dios!

COLOM. Es que no sé yo mismo si debo hablar o será lo mejor que renuncie... y me vaya.

PARO. ¡Y para esto ha subido usted ciento treinta y siete escalones! ¡Ay, San Pere! Ni que fuera yo el coco. (*Iniciando un conato de sonrisa.*)

COLOM. (*Más animado.*) Eso digo yo... Pues verá usted, señor Parodi...

PARO. Un momentito. ¿Dónde ha comprado usted esa espléndida corbata?

COLOM. (*Asombrado.*) En casa de "Comas". ¿Por qué me lo pregunta?

PARO. ¿Cuánto le ha costado?

COLOM. Treinta pesetas.

PARO. Muy bonita, pero muy carita. Se conoce que andamos bien de dinero, ¿eh, *Morenito?* Ya

recordará que le llamábamos a usted así. Me alegro, hombre; me alegro de que los negocios marchen bien.

COLOM. (*Justificándose.*) No hay más remedio que presentarse con cierto decoro.

PARO. Que sí, hombre, que sí. El decoro ante todo. Treinta pesetas de decoro no está mal. Bueno, continúe usted con eso del consejo que quería pedirme. (*Colombi se calla.*) ¿Pero habla usted o no habla? Soy todo oídos.

COLOM. (*Tragando saliva.*) No sé si usted sabe que al poco tiempo de cerrar usted su escritorio me dediqué a traficar por mi cuenta. (*Parodi no habla.*) Embutidos y bacalaos, como usted. (*Vuelve a detenerse, esperando que Parodi hable.*) Bacalaos y embutidos. ¿Lo sabía?

PARO. ¿Qué demonios le importa el que yo lo supiera o dejase de saberlo? Vamos al grano, que me está usted haciendo el efecto de un chiquillo delante del maestro de escuela. ¡Vaya! Le voy a tomar yo la lección, a ver si despachamos antes. ¿En qué calle ha alquilado usted el escritorio?

COLOM. En la calle Escudillers.

PARO. ¿Cuántos huecos?

COLOM. Dos.

PARO. ¿Grandes o pequeños?

COLOM. Uno de ellos como esta habitación. El otro, como la mitad, aproximadamente. En el más grande es en el que trabajo yo...

PARO. Y en el otro, su dependiente; ya me lo imagino. ¿A quién ha tomado usted de dependiente? ¿Lo conozco yo o no?

COLOM. A la señorita Grasot.

PARO. ¿Qué señorita Grasot? ¡Anita, caray! ¡Enhorabuena! ¡Es una noya muy lista, trabajadora! Pero hay que tener mucho ojo, amigo. Un chico como usted al lado de una mujer como Anita, es como un manojo de estopa al lado de una caja de cerillas. Y como se prenda fuego, ¡adiós, mi bacalao! Yo, en su lugar de usted, no hubiera tomado una empleada.

COLOM. ¿Pero no acaba usted de decir que es lista y trabajadora?

PARO. Sí; pero también es muy guapa. ¿Por qué no se le ha ocurrido a usted tomar una negra? Ahora los negros y las negras están de moda en Barcelona. Las hay hasta con ortografía. Tome una, aunque sea de color de chocolate, porque una blanca, una blanca al lado de un mozo tan arrogante como usted es, por lo menos, para equivocar las teclas de la máquina.

COLOM. (*Sospechando.*) Bueno; pero a usted es que le han dicho algo, ¿no?

PARO. ¿A mí? ¿De qué? Yo soy el que dice para sus adentros que estando los dos solos—porque están ustedes los dos solos, ¿no?—, estando los dos solos, no se sabe lo que puede llegar a ocurrir un día. Un día trae ella unas flores y le pone a usted una en el ojal. Otro día trae usted unos bombones. Otro día la invita usted a refrescar... Y así, a fuerza de obsequios y de invitaciones, pues chanfaina... Claro que a mí me tiene sin cuidado. Y eso que le diré a usted: por un lado sí debe tenerme con cuidado. Porque, si usted ha venido a verme es porque tiene usted un proyecto. Y ese proyecto es que yo escriba a mis antiguos corresponsales recomendándole y que, además, responda por usted en los Bancos. ¿Eh? En lo tocante a lo primero, las cartas de recomendación no sirven para nada. A mí, por lo menos, no me servían más que para limpiar las plumas... Y en cuanto a lo de responder en los Bancos, yo, si no sigo con mis propios ojos la marcha de los negocios, no respondo ni de mi padre que resucitara. Conque... hablemos claro, pollo. Ni usted ni yo somos unas señoritas histéricas para andarnos con cumplidos. Somos dos hombres de negocios y tenemos que hablar como dos negociantes. Estoy dispuesto a ayudarle, *Morenito*. Estoy dispuesto, para ayudarle a usted, a dedicarme otra vez al comercio, a poner nuevamente un despa-

cho y hasta a hacerle a usted socio mío. Pero con estas condiciones: dos terceras partes para mí, que soy Parodi, y una tercera parte para usted, que no es nada más que Colombi. Conque ya lo sabe usted. Dos terceras partes para mí y una tercera parte para usted..., o nada. Elija usted. (*A Colombi le relucen los ojos y quiere hablar, pero no le deja Parodi.*) Espere, espere. Esto no es más que la primera de las condiciones. Faltan otras. Por ejemplo: la razón social continuará siendo la misma de siempre; es decir: "Juan Pedro Parodi." Sin embargo, si usted tiene interés en que le añadamos una "C" a la razón social, por mí no habrá inconveniente. "Parodi y C." Esta "C" será usted. Hasta que dentro de un año o dos, si seguimos de acuerdo, pongamos los nombres y apellidos completos: Juan Pedro Parodi y Rafael Colombi. (*Imponiéndose a Colombi, que quiere expresar su júbilo.*) Nada de gracias todavía. Le prohibo a usted que se levante ni se conmueva aún. Tercera y última condición, que es la más macanuda. A tomar o dejar, ya lo sabe. Yo tengo una sobrina. No sé si le he hablado alguna vez de ella. No me acuerdo. Me parece que no. El caso es que tengo una sobrina, hija única de una hermana mía, que murió, la pobre, hace mucho tiempo. La tal sobrina tiene veinticinco años; es bufoneta; vamos, bonita, fresca y sana; se ha criado en un convento de Ursulinas, y tiene un dote, que le ha constituído otro tío suyo, de unas seiscientas mil pesetas. ¿Eh? ¿Qué tal? Usted la ve, charla un rato con ella y en el caso de que se gusten ustedes el uno al otro, allá para septiembre u octubre, que ya empieza a refrescar, se casan. Le advierto a usted que me conviene solucionar este asunto cuanto antes. Ya tiene usted permiso para conmoverse y para dar las gracias. Si la combinación le parece a usted bien, la acepta usted en todas sus partes y en paz. ¿Y si

no, me lo dice usted francamente y no perdemos el tiempo en tonto. Y tan amigos. Ya he acabat.

COLOM. (*Completamente desilusionado.*) Señor Parodi, la verdad, le agradezco a usted mucho el honor que me hace, pero no puedo...

PARO. (*Con fingido asombro.*) ¿Cómo que no puede usted? ¿Y por qué razón?

COLOM. Si eso de su sobrina de usted es una condición inexcusable, no puedo aceptarla.

PARO. ¡Antes de conocerla! ¿Pero es que se figura usted que mi sobrina es un adefesio o un fardo averiado, o qué demonios se figura usted?

COLOM. Nada de eso, señor Parodi. ¡Cómo voy a hacer yo semejante ofensa a una sobrina de usted! No, no es eso. Es que no puedo, ya le digo.

PARO. ¡Ah, vamos! Es que tiene usted algún trapicheo del que no puede usted deshacerse, ¿no es eso?

COLOM. (*Después de una breve vacilación, baja la cabeza y asiente.*)

PARO. ¡Vaya por Dios, hombre! Pues créame usted que es una verdadera lástima, porque mi sobrina es una muchacha encantadora por todos conceptos. Una mujer muy de su casa, seiscientas mil pesetas... Y además, la sociedad conmigo, que no se le olvide. Eso es más que una corbatita de treinta pesetas, compañero. Eso es un traje completo de última moda. Fíjese bien.

COLOM. Sí, sí; ya me he fijado, pero no puedo.

PARO. Escuche usted, hombre, escuche usted. En los negocios la palabra que se da hay que cumplirla por encima de todo, pero en los amoríos la palabra tiene un valor muy relativo. Y sobre todo, no habiendo por medio ninguna criatura.

COLOM. (*Con resolución.*) Es que la hay.

PARO. ¡Qué dice usted! ¿Desde cuándo?

COLOM. Desde... desde hace dos meses.

PARO. ¿Varón?

COLOM. (*Tras ligera duda.*) No.

PARO. ¿Famella? Vamos, chiquilla.

COLOM. Sí, señor.

PARO. (*Bajando la voz.*) ¿Con Anita?
COLOM. Sí, señor; con Anita.
PARO. (*Profundamente conmovido.*) ¡Chanfaina! ¡¡Rechanfaina!! (*De repente se levanta y corre hacia la puerta de la derecha, llamando.*) ¿Señorita? ¿Señorita?
COLOM. (*Asustado.*) ¿Pero qué hace usted?
PARO. ¿Señorita?
COLOM. ¿Pero a quién llama usted? (*Parodi, sin contestarle, hace mutis por la derecha, volviendo a entrar instantáneamente trayendo a Anita cogida de una mano, casi a rastras.*)
PARO. (*A Anita.*) ¿De manera que ha traído usted un hijo a este cochino mundo y se lo tiene usted tan callado?
COLOM. (*Agresivo a Anita.*) ¿Tú aquí? ¿No te lo tenía prohibido? (*Durante unos segundos parece que el uno y el otro se quieren quitar a Anita de las manos.*)
ANITA. ¡Un hijo yo! ¡Qué está usted diciendo!
COLOM. Primero contéstame a mí.
PARO. Un hijo o una hija, lo mismo da. ¿Qué, qué nombre le han puesto?
ANITA. ¿Pero de qué niña me está usted hablando? ¿Se ha vuelto usted loco? Yo no tengo hijos.
PARO. ¡Ah! De manera que usted no tiene... (*A Colombi.*) Pero no acaba usted de decirme que... ¿No es verdad? ¿Entonces...? ¿Ha sido un enredo de usted?
COLOM. Sí, señor. Para deshacerme de su sobrina.
PARO. ¡Muy bien! Es usted un granuja..., pero... muy bien. Es usted más vivo que yo, sí, señor; la verdad por delante. Yo me había inventado una sobrina y usted se ha inventado un hijo. A pillo, pillo y medio, sí, señor. ¡Bravísimo! ¿Pues sabe usted lo que le digo? Que se merece usted entrar en mi casa, sí, señor. Y formar sociedad conmigo, sí, señor. Ahora, que primero—entendámonos—, primero hay que casarse con ésta. (*Golpeando cariñosamente a Anita en el hombro.*) Esta chica vale más que pesa, sí, señor.

Se lo certifica a usted Parodi. O se casa usted con ella o si no, no hay nada de lo dicho. (*A Anita.*) Aquí, *el Morenito,* la quiere a usted de verdad. Sin más ni más, me ha renunciado al fantástico negocio que le proponía de casarse con una sobrina mía, que no existe, hija de una hermana de un servidor, que es hijo únicó. La quiere a usted de veras. Palabra de Juan Pere Parodi. (*A Colombi.*) Mañana a las nueve iré a ver ese escritorio. ¿Cuánto paga usted de alquiler?

COLOM. (*Encantado, con las manos de Anita entre las suyas.*) Primero véalo usted y luego me dirá lo que le parece.

PARO. Y mientras tanto se dejan ustedes de cumplidos por lo visto.

ANITA. (*Sonriendo.*) Será usted nuestro padrino de boda. ¿Verdad que sí?

COLOM. Claro, mujer. ¡No ves que voy a ser su socio!

ANITA. No; si nos apadrina será por mí.

COLOM. Será por mí, que soy socio suyo.

PARO. No sean tontos. Dejen de pelearse, ya les sobrará tiempo después de casados.

ANITA. ¡Ah! Conste que a mi boda tiene que asistir también doña Luisita.

PARO. Lo que es eso...

ANITA. Nada, nada. No admito excusas ni pretextos de ningún género. Han de ir ustedes los dos.

PARO. Allá veremos. Ahora, por lo pronto, vamos a tomar una copita.

ANITA. No, no. Otro día.

COLOM. (*Abrazando a Anita.*) Mañana. Cuando le haya hablado a mi padre de ésta... y de usted... ¡Se va a poner más contento cuando sepa que su hijo va a ser nada menos que socio de todo un Parodi!...

PARO. ¡Oh, y es claro! Puede usted asegurar que habrá mucha gente que se morderá los puños de envidia, cuando se entere de que le he escogido a usted para compañero en mis nuevas andanzas comerciales.

COLOM. Hasta mañana, pues, señor Parodi. ¿A las nueve, no?

PARO. A las nueve menos cuarto. Mucha puntualidad, ¿eh?

COLOM. Ya sé, ya sé. Con su permiso me voy a llevar a mi novia a dar un paseo hasta el mar.

ANITA. Espera, hombre, que tengo que despedirme de doña Luisita.

PARO. Váyase, váyase, hijita. Ya me encargaré yo de despedirla y de contárselo todo poco a poco, porque si le doy la noticia de una vez, le da un patatús. Como es tan sensible... (*A Colombi.*) Me dijo en la calle Escudillers, ¿no?

COLOM. En el uno. Apúntelo.

PARO. No hay cuidado, no se me olvida. Hasta mañana entre ocho y media y nueve menos cuarto. Y mucho cuidado, que en los negocios no admito bromitas. (*Ya en la puerta, hasta donde ha acompañado a los novios, dirigiéndose a Anita.*) Y puesto que todavía no ha hecho usted ningún encargo a París..., hágame el favor de que le manden un chico. (*Colombi y Anita han hecho mutis. Parodi, una vez solo, se pasa ambas manos por el rostro. Después se decide y llama a Luisa.*) ¿Luisa? ¿Luisita? Ven un momento. (*Luisa entra en seguida por la derecha.*) Hay novedades. ¡Pero nada de comentarios, por la mare de Deu! Oye y calla. Primera novedad: vuelvo a poner un escritorio.

LUISA. (*Intentando hablar.*) Un es...

PARO. (*Interrumpiéndola.*) Te he dicho que oigas y calles. Va a ser socio Rafael Colombi, alias *el Morenito,* antiguo empleado mío y novio de Anita, con la que ahora, que tiene un medio seguro de vida, se va a casar inmediatamente.

LUISA. (*Queriendo hablar, inútilmente.*) ¡Ah! Pero...

PARO. Calla y oye. Tercera novedad. El padrino de la boda voy a ser yo. Chist. Ya estoy espantado al pensar que ese día me tendré que poner la canariera. Y tú también tendrás que asistir a la ceremonia.

LUISA. (*Estallando.*) Pero es que yo...

PARO. (*Inexorable.*) Tú oyes y callas. (*Lentamente.*) En Alcañiz tendrás alguien que pueda encargarse de sacarte los papeles para nuestra boda. Los míos pronto estarán sacados, porque yo soy barceloni. Pero tú tienes que escribir cuanto antes a tu pueblo, ¡la cosa corre prisa! (*Luisa no puede más y rompe a llorar desesperadamente.*) ¡Voto a Judas! ¡A qué viene eso ahora! ¿De manera que, en vez de alegrarte, te echas a llorar? ¡Es para indignarse estas di-echas a llorar? ¡Es para indignarse con estas dichosas mujeres!... ¡Cuando tienen que llorar se ríen y cuando tienen que reírse lloran! ¡Chanfaina con las mujeres! *(Hace mutis furioso. Luisa, loca de felicidad, no sabe qué hacer, en efecto: si llorar o reír. Y sonríe entre lágrimas.)*

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Sala elegante en casa del matrimonio Colombi. Todos los muebles están adosados a las paredes con objeto de facilitar la circulación por la sala. Al levantarse el telón, Anita está colocando unas flores sobre un mueble situado en el centro de la pared del fondo. Se oye sonar un timbre insistentemente. Al cabo de un instante entra Colombi, cargado con un gran paquete.

COLOM. ¿Dónde dejo esto?

ANITA. ¿Están aquí todos los pasteles?

COLOM. Todos. ¿No me has dicho que me los pusieran todos juntos?

ANITA. Déjalos ahí. Ahora me los llevaré yo al comedor. ¿Sigue lloviendo?

COLOM. Sigue lloviendo.

ANITA. ¿Te has mojado?

COLOM. Naturalmente. Podías haber mandado a Teresa a la pastelería.
ANITA. Teresa estaba vistiéndose.
COLOM. Ya. Acabo de verla, efectivamente, con uniforme de gala. Está maravillosa. No representará arriba de setenta años. ¿Y el ama?
ANITA. Salió con el niño. Creo que ha ido a ver a su hermana.
COLOM. Magnífico. Resulta que tenemos que hacer nosotros de criados, pagando dos sirvientes. Por supuesto, que lo mismo pasaría si tuviéramos cincuenta. Pues cuando no se tienen ni comodidades, ni servidumbre a propósito, no se invita a la gente, so pena de hacer el ridículo.
ANITA. ¡Vamos, hombre! ¿Pero es que me voy a preocupar ni poco ni mucho de lo que puedan decir tus empleados? ¡No faltaría otra cosa! Lo que te pasa a ti es que tienes un humor de todos los demonios desde hace dos días.
COLOM. Demasiado sabes tú por qué. (*Enciende un cigarrillo.*)
ANITA. Yo, no.
COLOM. Deseando estoy que se acabe esta ceremonia estúpida que se te ha ocurrido.
ANITA. ¡No sé por qué ha de ser estúpida! ¿Quieres decirme qué falta te hacía a ti condecoración ninguna? Aparte de que Parodi podía darse por ofendido, y con muchísima razón. De condecorar a uno de los dos, es mucho más lógico que sea a él. Es más viejo que tú, es el jefe de la casa.
COLOM. (*Remedándola.*) Dos terceras partes para él, y una tercera para mí.
ANITA. Razón de más. Hay que tratarle bien para ganarnos su estimación, y además, porque se lo merece.
COLOM. Hasta cierto punto.
ANITA. Se lo merece. Es honrado a carta cabal, trabajador como pocos. Y de bueno para nosotros, no hay que hablar. No debemos olvidar que de no haber sido por él, que te hizo su socio, ni tú,

ni yo, ni estos muebles, estaríamos aquí a estas horas.

COLOM. Todo lo que tú quieras, pero por lo pronto él se lleva dos terceras partes en el negocio. Y esto no es justo ni equitativo, porque yo tengo más talento que él y trabajo tanto como él por lo menos. No veo, pues, dónde está esa honradez que tanto alabas.

ANITA. ¿Cumple lo pactado, o no lo cumple?

COLOM. Lo cumple. Pero es que ese pacto me lo ha impuesto él haciéndomelo forzoso, aprovechándose de la situación en que me veía. Recuerda la crisis que atravesaba el comercio entonces.

ANITA. (*Bondadosa.*) Conmigo no vas a presumir, Rafael. No existía semejante crisis en el comercio. Donde existía, Rafaelillo, era en tu flamante escritorio. Un capital reducidísimo, un crédito más reducido todavía, una razón social acabadita de estrenar, una clientela poco recomendable... y yo atosigándote para que nos casáramos en seguida... Presentarte a Parodi y variar nuestra situación como de la noche al día, todo fué uno. Debemos acordarnos de todo esto y no ser ingratos, Rafael.

COLOM. (*No sabiendo por dónde salir.*) Pero reconocerás conmigo que es un hombre muy basto.

ANITA. Un poco,, pero es noble y honrado.

COLOM. Con una franqueza desconcertante.

ANITA. Algo, sí.

COLOM. Avaro.

ANITA. Eso sí que no.

COLOM. ¿Que no es avaro? Avaro hasta la sordidez. Y en lo que toca al negocio, entiendo yo más que él. ¡Pero mucho más! Es un hombre aferrado al céntimo tanto, que más prefiere alquilar un borrico que un autocamión. ¡Y pensar que si yo quisiera fundar otra sociedad mucho más importante no tendría más que escoger entre las innumerables proposiciones que se me han hecho! Pero que se ande con cuidado, porque el mejor día...

ANITA. (*Sonriendo bondadosamente.*) Anda, hombre, anda, desahógate a tu gusto. Bien te estás cobrando el haber hecho extender a su nombre la Real orden de la condecoración.

COLOM. (*Con ironía.*) ¿Pues y la deliciosa señora Luisita? ¿Vamos a tener el honor de verla por nuestros salones?

ANITA. Vamos a tener el honor, sí. Y te advierto, para que no te extrañe, que Luisita y yo nos tuteamos desde ayer a propuesta mía.

COLOM. ¡Cómo no! ¿Quién, sino tú, va a ser quien lo proponga todo y lo disponga todo a su antojo? El tuteo fraternal para la señora, y para el marido la condecoración que estaba destinada para mí. Hay que ver cómo te conquistas al matrimonio.

ANITA. ¿Y en provecho de quién lo hago? ¡Se me figura que por lo menos debías agradecérmelo!

COLOM. Espérate un poco a ver cómo resulta esta brillantísima ocurrencia tuya de hacerle una especie de apoteosis esta tarde. Porque, a lo mejor, no le hace gracia y nos manda a todos al quinto infierno.

ANITA. Descuida. Te respondo de que le agradará enormemente. Y, si no, ya verás las chanfainas que suelta en el transcurso de la ceremonia.

COLOM. Muy exquisito. No me explico cómo le resiste su mujer.

ANITA. Pues está encantada. Como que no hace más que llorar, que es como acostumbra a expresar su satisfacción.

COLOM. ¡Qué mema es la pobre!

ANITA. ¡Pero es más buena! (*Pequeña pausa.*) Oye, ¿quién va a venir de la gente del escritorio?

COLOM. Todos menos el portero.

ANITA. ¿Y qué les vas a decir? ¿Has pensado algún parrafito para "improvisarlo" en el momento de la entrega?

COLOM. Pues sí que se necesita para eso mucha elocuencia. Diré lo primero que se me ocurra. Para dirigirme al zoquete de Parodi, estará demasia-

do bien. (*Se oye llamar a la puerta con cierta timidez.*) Ya empieza a llegar la gente.

ANITA. Allá voy yo. (*Hace mutis por la derecha, llevándose el paquete de los pasteles. Colombi, entretanto, se arregla el lazo de la corbata, se pone una flor en el ojal, etc., etc. Después sale al encuentro de sus invitados, que no acaban de entrar. Son los empleados de la oficina: escribientes y mecanógrafas, unos diez o doce en total. Cambio de saludos, reverencias, apretones de manos.*)

ESC. 1.° Buenas tardes, señor Colombi.

ESC. 2.° Hemos venido quizás demasiado temprano.

COLOM. Celebro que hayan venido ustedes todos juntos.

ESC. 1.° Se me ocurrió a mí que nos citásemos en el portal, para que no tuviesen ustedes que abrir la puerta tantas veces.

MEC. 1.ª ¿Y el niño?

COLOM. De paseo con el ama.

MEC. 2.ª En la plaza Real me lo he encontrado. Está riquísimo.

MEC. 3.ª ¡Qué suerte tener un chiquillo así!

ESC. 2.° Si cree usted que yo puedo influir para que usted consiga esa suerte...

MEC. 3.ª No es cuestión de influencia.

MEC. 1.ª ¿Y doña Anita?

COLOM. (*Viéndola entrar.*) Aquí la tienen ustedes.

ANITA. ¡Señores! Buenas tardes. (*Saludos recíprocos.*)

ESC. 1.° Hemos venido a molestarles.

ANITA. ¡Qué disparate! Precisamente he sido yo quien le ha dicho a mi marido que quería que vinieran ustedes. Hoy es un día de fiesta en esta casa, y yo quiero que todos participen de nuestro contento.

ESC. 1.° Y vaya si participamos, sí, señora. Sobre todo por lo que toca al amo Parodi.

MEC. 1.ª Mañana le tocará también al amo Colombi.

MEC. 2.ª ¡Pues no faltaría más! Con lo instruidísimo que es y la de cosas que sabe. (*En este momento se oyen unos discretos golpes en la puerta.*)

ANITA. Ellos son. Ya están aquí. En cuanto asomen hay que hacerles una ovación. (*Hace mutis rápido por el foro.*)

MEC. 1.ª (*Asomándose por el foro.*) ¡Es doña Luisita sola la que ha venido! A ver si no viene Parodi.

MEC. 2.ª ¡No ha de venir, mujer!

MEC. 3.ª No faltaría más.

LUISA. (*Entrando del brazo de Anita y haciendo un gesto de espanto al ver tanta gente.*) ¡Virgen Santísima, qué emoción!

ANITA. (*Presentándola a sus invitados.*) La señora de Parodi. *(Saludos y reverencias. Colombi, que ha salido a su encuentro, la estrecha la mano.)*

LUISA. (*Conmovida y agitadísima.*) Todavía no ha venido, ¿verdad? ¡Ay, Jesús mío! Me tiemblan las piernas. No he tenido valor para venir con él. Conste que no le he dicho nada de todo esto, como les prometí a ustedes. Anoche, al llegar de viaje, encontró la carta de usted *(A Colombi.)*, citándole aquí esta tarde. Estuvo unos minutos refunfuñando, ya conocen ustedes su genio, tratando de adivinar para qué sería la cita, pero yo no le dije una palabra, como le había ofrecido a usted. (*Por Anita.*)

ANITA. (*Rectificando.*) "A ti."

LUISA. Eso es, a ti. ¿No lo tomará a mal, verdad? Es más bueno que el pan, pero ya conoce usted su genio.

ANITA. "Ya conoces."

LUISA. Eso es, ya conoces. Si se le ocurre pensar que yo no he debido hacerles a ustedes caso...

ANITA. (*Siempre rectificando.*) "Haceros caso."

LUISA. Haceros caso... (*Dirigiéndose a Colombi*), y que tú—¡ay, perdóneme usted, señor Colombi!—(*Dirigiéndose a Anita*), y que usted...

ANITA. "Y que tú"...

LUISA. ¡Ay, no me corrija más, que me va a dar un accidente!

COLOM. ¿Pero está usted segura de que vendrá?

LUISA. ¡No ha de venir! Me dijo al salir que se llegaba un momento a Telégrafos y que vendría

aquí en seguida. (*Un brusco campanillazo interrumpe la conversación.*) ¡Ay, Virgen Santísima! El es, como si lo viera... (*Colombi hace señas a todos de que se callen y ocupen sus puestos. Mientras tanto Anita ha hecho mutis para abrir la puerta. Luisita está a dos milímetros de la congestión.*)

ANITA. (*Dentro.*) Sí, señor, sí, su señora acaba de llegar.

PARO. (*Dentro.*) ¿Y Colombi?

ANITA. También está esperándole a usted. (*Parodi entra por el foro. Anita le tiene cogido del brazo como para impedirle la huída. Estalla un aplauso estruendoso. Anita, soltando el brazo de Parodi, aplaude también con entusiasmo.*)

PARO. (*Mirando en derredor.*) ¿Pero es que es Carnaval? ¿O me he metido por equivocación en un manicomio?

ANITA. Es un homenaje a usted, señor Parodi.

PARO. ¿A mí? No comprendo.

ANITA. Lo que usted oye. Nos hemos reunido todos para festejar su triunfo.

PARO. ¡Mi triunfo! ¿Pero es que se han vuelto ustedes locos?

ANITA. (*Llevándolo hasta un sillón situado en el centro del lateral derecha.*) Siéntese usted aquí. En el sitio de honor.

PARO. (*Levantándose de un brinco.*) ¿Qué sitio de honor ni qué chanfaina? ¿Qué broma es ésta?

ANITA. Le aseguro a usted que no hemos puesto dinamita debajo de la butaca. (*Empujándolo hasta hacerle sentarse.*) Un minuto de atención y lo comprenderá usted todo inmediatamente. (*A Colombi.*) Venga el discurso.

PARO. ¡Ah! ¿También un discurso? ¿Pero qué tengo yo que ver en todo esto?

COLOM. (*Avanzando unos pasos.*) Queridísimo señor Parodi. (*Parodi le mira estupefacto.*) Tengo el honor, y al mismo tiempo el placer, de comunicarle que Su Majestad el Rey, que Dios guarde, reconociendo los altos méritos de usted en el

ejercicio del comercio, se ha dignado otorgarle el título de Comendador ordinario de la Orden civil de Alfonso XII. (*Ha sacado del bolsillo un estuche de piel, que entrega a Parodi entre los aplausos entusiastas de todos. Luisita, que se había escondido entre los presentes hasta casi desaparecer, rompe en un gemido.*) Nosotros, sus fieles colaboradores de usted, desde los más elevados hasta los más modestos...

ESC. 1.º (*Adelantando tímidamente un paso.*) Yo soy el más modesto, señor Parodi. Si me pudiera usted subir el sueldo...

COLOM. (*Fulminándole con la mirada le hace retroceder a su puesto, donde unos le acogen con sonrisas y otros con gestos de indignación.*) ...Desde los más elevados a los más modestos, testigos todos de su laboriosidad ejemplar, de su tenacidad admirable, nos permitimos ofrecerle estas insignias tan sobradamente merecidas por usted. (*Del estuche que Parodi, completamente atontado, retiene en la mano, saca una condecoración.*) Nosotros, todos unidos en un mismo sentimiento, rogamos respetuosamente a la dulce e incomparable compañera de su vida, coloque en el pecho de usted tan preciada insignia. Y ahora prorrumpamos todos en vivas. ¡Viva el caballero Parodi! ¡Sursum corda!

TODOS. ¡Viva!

ESC. 2.º ¡Viva el Sursum corda!

COLOM. Sursum corda quiere decir "arriba el corazón", animal. (*Colombi coge a Luisita de la mano y la lleva hasta Parodi para que le prenda en el pecho la condecoración. Pero Luisita, en cuanto se ve frente a Parodi, lo que hace es desplomarse sobre su marido, inundándole el chaleco de un chaparrón de lágrimas.*)

ANITA. Déjame a mí, mujer: Yo se la pondré. *(Le prende la condecoración en el pecho a Parodi.)* Ajajá. Vamos, criatura *(A Anita.)*, no llores más. Ahora, el señor Parodi tiene la palabra.

TODOS. ¡Que hable! ¡Que hable!

PARO. (*Aturdido, pasándose una mano por la frente.*)

Bueno..., ¿pero es que son hoy los Santos Inocentes?

COLOM. ¡Que no se trata de una broma, señor Parodi!

ANITA. ¡Silencio! Dejadle hablar.

PARO. Pero qué demonios voy a decir si estoy atontado como un businot, y además, esta mujer (*Por Luisita*) se ha propuesto por lo visto aplastarme.

ANITA. Tiene razón, mujer. Anda, ven, déjale hablar. Dos palabras nada más para demostrar que agradece usted la distinción de que ha sido objeto. Lo que a usted le parezca.

TODOS. Sí, sí. ¡Que hable! ¡Que hable!

PARO. ¡Pues dejadme, y allá va! ¡Ay San Pere! (*Un silencio. Parodi habla enfático, pero conmovido.*) Amigos y ciudadanos. Mi palabra, que no me esperaba este nombramiento que Su Majestad, que Dios guarde muchos años para los efectos consiguientes, se ha dignado otorgarme, aunque no tengo el gusto de conocerle personalmente, porque sólo le he visto un día el año pasado en la Diagonal, que se iba a su palacio, y aunque le saludé respetuosamente, es posible que él no lo recuerde. Pero aunque no lo esperase, os confieso que estoy muy contento y hasta muy... (*A Colombi.*) ¿Se puede decir ufano? (*Colombi asiente.*) Pues estoy muy ufano. Porque se ve a la legua que lo que Su Majestad ha querido, ha sido recompensar en mi humilde persona el desarrollo victorioso de la industria y del comercio de un género alimenticio, modesto, pero sustancioso. (*Muestras de aprobación en el auditorio.*) Por consecuencia, ¿se puede decir consecuencia?, doy un milión de gracias a todos ustedes, queridos dependientes míos; a Colombi inclusive, aunque en realidad no es dependiente... Pero yo los considero a todos ustedes iguales a mí; unos trabajadores incansables que se les ha ocurrido regalarme estas insignias, no sólo para demostrarme que aprueban la determinación del So-

berano, sino que reconocen también que Juan Pere Parodi es un hombre justo y amable, aunque se ponga como una fiera cuando alguien intenta pegársela. Lo cual que... (*Se interrumpe, se enjuga el sudor de la frente y dice variando de tono.*) ¡Chanfaina!, estoy como si me hubiera descargado yo solo una gabarra... Ya lo saben ustedes. Muchas gracias en nombre propio y en el de mi mujer, que por lo visto estaba en el alioli, y que ha sabido guardar el secreto, a pesar de ser mujer. Conque... el domingo les convido a todos a almorzar. Ni que decir tiene que yo lo pago todo.

ESC. 1.º ¿Hasta los habanos?

PARO. Todo. He dicho. (*Se sienta rendido y estalla una ovación.*)

ANITA. Muy bien, Parodi. Ha estado usted todo un comendador de verdad.

COLOM. ¡Bravísimo, señor Parodi!

ESC. 3.º (*Al 1.º, que está a su lado.*) ¿Tú crees que nos dará una gratificación a primeros de mes?

ANITA. Señor comendador, señoras y señores... Tengan ahora la amabilidad de pasar al comedor a tomar un dulce y una copita.

ESC. 2.º (*A la mecanógrafa 1.ª*) ¿No le decía yo a usted que habría pasteles?

ANITA. (*A Parodi.*) Usted el primero. Tiene usted que remojar ese discurso.

PARO. No, no, Anita. Perdóneme que no me remoje nada. El vino, aunque sea néctar, me repugna fuera de las comidas.

ANITA. Pues tomará usted una taza de café o un refresco.

PARO. Bueno, bueno; pero que vaya Luisa, que es tan alegre, delante, representándome. Yo, para no perder la costumbre, quiero quedarme un minuto con el amigo Colombi charlando del negocio. Acabo de llegar de viaje, como ustedes saben, y necesito enterarme de las novedades del escritorio y enterarle también a Colombi de mis gestiones. El negocio es el negocio.

ANITA. ¿Pero también hoy? No me opongo, pero con la condición de que despachen ustedes en seguida. Como tarden, entro yo a buscarles y se acabaron todos los negocios. Anda, Luisita, acompáñame. Pasen ustedes, señores, hagan el favor. ¿Estás contenta, Luisa? (*Luisa prorrumpe en un inmenso sollozo y hace mutis. Los invitados lo hicieron antes. Quedan en escena Parodi y Colombi.*)

PARO. (*Que ha seguido con la vista el mutis de Anita y Luisa.*) ¡Qué infelizota es esa Luisa!. En cambio Anita... ¡vaya mujer rebosando talento y don de gentes! ¡Qué contadas son las mujeres como ella! Son la fortuna para una casa, aunque no le traigan a uno más que lo puesto, porque después de todo, el que ha de traer los dineros a casa es el hombre... ¡Vaya suerte la que ha tenido usted, amigo! (*Saca un puro de los baratos y lo parte por la mitad.*) Y para no privarse de nada, un chiquillo en seguida. En cambio Luisita y yo, ni en broma. Antes creía yo que era porque no estábamos casados. Pero ahora ya estamos en paz con el Señor, de perfecto acuerdo con las autoridades civiles y militares. Bueno, pues ni aun así. (*Ofreciéndole la mitad del cigarro.*) ¿Usted gusta? Es un peninsular magnífico, con un aroma de primera.

COLOM. (*Encendiéndole una cerilla.*) Demasiado fuerte para mí.

PARO. (*Mirándole de soslayo mientras enciende el puro.*) Bueno, vamos a ver. Cuénteme usted cómo ha sido todo esto de la condecoración. (*Se la desprende, la mete en el estuche y guarda éste en el bolsillo.*) Me la quito, ¿sabe usted?, porque me da una mica de respeto llevarla puesta. Me parece que no respiro a mis anchas. Conque dígame, dígame... ¿Cómo se explica usted que me concedan esta cruz y se lo digan a usted y no me digan a mí una palabra, que soy el interesado?

COLOM. Está usted en un error. A quien se lo han dicho ha sido a usted exclusivamente. Pero como usted estaba fuera, me he enterado yo antes que usted, naturalmente. El telegrama anunciando la concesión de la cruz se recibió el jueves. Yo lo abrí creyendo que se trataba de algo del negocio. En seguida se lo comuniqué a mi mujer. Anita comenzó a dar gritos de alegría y se le ocurrió darle a usted esta sorpresa. No hay que decir que en el escritorio todo el mundo estaba encantado. Aquí tiene usted el telegrama dirigido a usted, como es lógico.

PARO. (*Leyendo.*) "Cábeme satisfacción vivísima participarle que Su Majestad..." (*Sigue leyendo entre dientes.*) ¿Sabe usted lo que le digo? Que hasta ahora no estaba tranquilo, que yo soy como Santo Tomás, ¡ver y creer! (*Guardándose el telegrama en el bolsillo.*) Bueno, y ahora en confianza, ¿qué es lo que hay que hacer en estos casos? Perque es que yo no tengo la más mínima práctica de estas cosas. ¿Estaría bien hacer un donativo a los pobres? ¿Quedaría bien con tres o cuatro mil pesetas?

COLOM. Como a usted le parezca; obligación, no tiene usted ninguna.

PARO. Pero a Su Majestad le tendré que contestar diciéndole que acepto, ¿no? Ya le he dicho a usted que no tengo la menor práctica de estas cosas.

COLOM. Ya se lo preguntaré mañana al gobernador.

PARO. ¿Por qué al gobernador? ¿Es que es usted amigo del gobernador?

COLOM. Lo veo casi todas las noches.

PARO. ¿En dónde?

COLOM. En el Círculo.

PARO. (*Con desconfianza.*) Ya. (*Con una transición brusca.*) Hablando de otra cosa. ¿Se arregló el asunto de Moragas? ¿Se quedó al fin con la partida de salmón?

COLOM. Naturalmente que se ha quedado con ella. Y hasta ha abonado la factura y todo.

PARO. Magnífico. ¿Y Bastrina?
COLOM. También ha aceptado la remesa.
PARO. ¿A qué precio? ¿Al que le indiqué a usted?
COLOM. A diez duros más.
PARO. (*Admirado.*) ¡Chanfaina!
COLOM. ¿Quiere usted ver la prueba, señor Santo Tomás? Aquí tiene la factura precisamente. A la vuelta están anotados los gastos.
PARO. (*Examinando la nota que le entrega Colombi.*) ¿Qué es esto de "locomoción: 18"?
COLOM. ¿Dónde está? ¡Ah, sí! ¡Diez y ocho pesetas de taxi.
PARO. ¿Y qué taxi es éste? ¿Desde cuándo el salmón necesita viajar en automóvil?
COLOM. (*Un poco molesto.*) Comprenderá usted que quien ha ido en auto he sido yo. Bastrina vive en las afueras. Cuando fuí a su casa estaba lloviendo a cántaros, y no era cosa de estropear un traje ni pescar una pulmonía.
PARO. Comprendido. Llevaría usted puestos unos zapatitos como ésos y no era cosa de estropearlos por diez y ocho pesetas.
COLOM. (*Bruscamente.*) Diez y ocho pesetas ir y volver luego a casa. Porque le hice aguardar, naturalmente.
PARO. ¿Mucho tiempo?
COLOM. Una hora o dos..., no sé. ¿Cómo quiere usted que me acuerde? Lo que fué menester y nada más.
PARO. (*Muy tranquilo.*) No se enfade usted, amigo.
COLOM. ¡No he de enfadarme! A ver si se cree usted que he querido sisarle...
PARO. (*Interrumpiéndole.*) Yo no creo nada absolutamente. Me limito a preguntar, y nada más. Ahora bien: ¿a cargo de quién van a ir estas diez y ocho pesetas?
COLOM. ¿Cómo que a cargo de quién? A cargo de la casa.
PARO. ¿A cargo de la casa, eh? Es decir: dos terceras partes a mi cargo y la otra a cargo de usted. ¿No es esto? Pero ¿quién es el que ha ido

en auto, Parodi o Colombi? Colombi, ¿verdad? Pues Parodi no paga ni un céntimo.

COLOM. ¿Cómo que no paga? Por lo visto es que tiene usted ganas de broma.

PARO. Se equivoca usted.

COLOM. ¡Pero si en la vida me ha hecho usted observaciones de esta clase!

PARO. Alguna vez tenía que empezar.

COLOM. Y ha escogido usted el día más a propósito para ello.

PARO. No es que yo lo he escogido, es que se ha presentado él espontáneamente. Pura casualidad.

COLOM. Perfectamente. No basta trabajar como trabaja uno, ni que la casa vaya cada vez mejor, ni siquiera que este negocio haya salido mucho mejor de lo que imaginábamos.

PARO. Es preciso economizar, amiguito.

COLOM. Una cosa es ser económico y otra ser tacaño.

PARO. Todo lo que usted quiera, pero yo no suelto una peseta por ese concepto. Yo no voy en auto ni falta que me hace. El que quiera permitirse esos lujos que se los pague de su bolsillo. Ya lo sabe usted, *Morenito*. A este paso coge usted un día un taxi, se va usted a un almacén de ropa blanca, se manda usted hacer una docena de camisas y le pasa usted la cuenta a Parodi con el pretexto de que estaba usted sudando y necesitaba mudarse.

COLOM. Perfectamente. Pues conste que me marcho ahora mismo.

PARO. ¿Adónde se marcha usted?

COLOM. Quiero decir que doy por disuelta nuestra sociedad. Ya no aguanto más; y que le conste a usted que en cuestiones de corrección no le admito lecciones ni a usted ni a nadie.

PARO. Pues hace usted mal.

COLOM. Yo no tolero a nadie que me imponga la ley. Mañana mismo arreglaremos cuentas y yo me voy con la música a otra parte.

PARO. (*Muy tranquilo.*) Como usted quiera. Por mi parte puede usted irse con la música adonde se

le antoje. Lo siento, pero no me voy a echar a llorar. En cuanto hagamos balance, ya verá usted cómo no ha resultado tan sacrificado como se figura, a pesar de ir a la tercera parte... Porque se ha ganado dinero en gordo.

COLOM. (*Irónico.*) Gracias a usted.

PARO. (*Plantándose delante, con las manos en los bolsillos y mirándole fijamente.*) Gracias a mí solo, no. A dos terceras partes nada más.

COLOM. (*Desesperado, haciendo mutis por la derecha.*) Con permiso de usted...

PARO. (*Tranquilamente.*) Usted lo tiene. (*Continúa dando grades chupadas a su cigarro. En la puerta de la derecha aparece al cabo de un instante la cara risueña de Anita.*)

ANITA. ¿Da su permiso el señor comendador?

PARO. Déjese de comendadores y de garabainas y hágame el favor de escucharme.

ANITA. ¿Qué pasa?

PARO. (*Dejando la colilla del puro en un cenicero.*) Usted, que es una mujer que se pierde de vista, hágame el favor de decirle de mi parte al *Morenito* que es un tonto de capirote.

ANITA. (*Frunciendo el entrecejo.*) ¿Por qué dice usted eso? (*Cierra la puerta del comedor y se acerca a Parodi.*)

PARO. Sí, sí, cierre, cierre. Más vale. Sabrá usted que su señor marido, porque le he hecho una observación justa y considerada, por su propio bien, porque tira el dinero, se ha subido por las ramas, ha cogido el rabanito por las hojas y ha dado por disuelta nuestra sociedad. Ya me había dado yo cuenta desde hace tiempo de que seguía conmigo a regañadientes, como dignándose hacerme un gran favor... Es más, me he enterado de que durante mi ausencia ha estado en tratos con otro para formar sociedad con él. ¿Que no está satisfecho de como yo le trato? Pues que se vaya en paz de Deu. No estoy dispuesto a tolerar a esta gente que se le sube el humo a la cabeza con esa facilidad. Yo ten-

go que hacer cuantas observaciones se me metan en la mía. Primero, porque soy Parodi; segundo, porque he sido su amo; tercero, porque soy su socio, y cuarto, por lo primero otra vez: porque soy Juan Pere Parodi. ¿Estamos?

ANITA. Tiene usted muchísima razón.

PARO. Celebro que me la dé usted. ¿Para qué quiere trabajar él solo, vamos a ver? ¿Por vanidad? ¿Por ambición? ¿Por ganar más? Pues lo que yo le digo es que el mejor día se dará la primer costalada por manirroto. Porque hay que ver la prisa que se da en tirar el dinero.

ANITA. Tiene usted que hacerse cargo también de que ha tenido muchos gastos.

PARO. ¿Qué gastos ha tenido?

ANITA. Pues en menos de dos años los de la boda, los de poner casa, luego los del ama...

PARO. Y los taxis y los lujos y el Círculo; sí, señora, sí: el Círculo, donde alterna con gentes que tienen más dinero que él. En cambio yo no tengo más Círculo que mi casita, y toda mi diversión consiste en una partida de cartas con Luisita, en la que no se pierde nada, y de perderse algo, se queda en la familia.

ANITA. No todos pueden ser como usted. Ya le dije antes que tenía usted razón, primero, porque la tiene usted en parte, y después, porque es usted una de esas personas a quienes hay que empezar por darles la razón si se quiere que acaben por reconocer que no la tienen.

PARO. ¿Qué quiere usted decir?

ANITA. (*Sonriendo.*) Se figura usted que no le conozco como su propia madre si viviera. He sido su secretaria tres años. Y el alma del jefe no la conoce nadie—ni siquiera su confesor—como su mecanógrafa Ante todo hay que darle a usted la razón. En este caso la tiene usted. Precisamente hoy mismo he tenido un altercado con mi marido, porque siempre se está quejando de las condiciones que usted le impuso. En esto me tiene usted del lado de usted en absoluto.

Pero ya ve usted lo que son las cosas: Rafael es todo lo contrario que usted. A Rafael hay que decirle que no tiene razón aunque le sobre a montones, si se quiere que acabe por ceder y rendirse. Claro que tiene su ambición—su vanidad, como usted dice—, pero yo creo que tiene un poco de derecho a querer mejorar de posición... aunque sólo sea por su familia. Ya lleva dos años con usted y todavía no ha pasado de ser una letra mayúscula, una C anónima en el letrero del escritorio y en el membrete de las cartas. Usted sabe lo que trabaja y los éxitos que consigue... y, sin embargo, gana todavía la mitad que usted. Y usted le hace observaciones y le reprende como si fuera un chiquillo, hasta delante de los empleados... Ya sé que mi marido tiene sus defectillos, lo reconozco. Pero es que usted se cree infalible... y usted perdone.

PARO. Lo que yo creo es que son ustedes un par de ingratos, lo mismo usted que él.

ANITA. (*Con pena*). Eso no es verdad.

PARO. (*Elevando el tono.*) Ya está dicho. Dos ingratos. Cuando les puse a ustedes en condiciones de que se casasen y de que pudieran llegar a ser alguien en la vida, entonces todo era soltarme lagrimitas y besarme la mano. Entonces mucho "señor Parodi" para arriba y "señor Parodi" para abajo. "Que queremos que sea usted nuestro padrino de boda." "Que queremos que nos saque usted de pila al nene." Y así sucesivamente. Pero ahora, en cuanto les han crecido un poco las alas, ya pretenden ustedes volar solitos y de buena gana me darían ustedes una patadita para echarme más pronto de su lado. Pero no cuentan ustedes con que el amo soy yo y con que de irse alguien, tienen que ser ustedes los que se vayan.

ANITA. El amo es usted, sí, señor. Pero eso de que mi marido y yo seamos unos ingratos, eso no lo paso. Refunfuñar y lamentarse es muy humano,

digo yo. Y aspirar a mejorar de posición se me figura a mí que también es humano. Pero eso no impide el que tanto mi marido como yo le hayamos agradecido a todas horas el bien que nos ha hecho y hayamos procurado demostrárselo en la medida de nuestras fuerzas. ¿Quiere usted una prueba? El nombramiento referente a la condecoración estaba extendido a nombre de mi marido. Pues mi marido, a pesar de halagarle, como es natural, este nombramiento, y no obstante ser tan ambicioso y tan vanidoso como usted lo cree, no dudó un instante en hacerme caso y en renunciar a esa condecoración en favor de usted. Y eso nada más que para honrarle a usted y darle ese alegrón a Luisita.

PARO. ¡Ah! ¿De modo que ha sido usted?... ¿De manera que a nadie más que a usted le debo yo esa cruz? ¿No hay nada de recompensas de Su Majestad, ni iniciativas del Gobierno?... Está bien. Acaba usted de hacerme más daño del que usted se imagina. Claro que lo ha hecho usted por vengarse. Pero permítame usted que le diga que ha sido usted demasiado cruel descubriéndome la verdad. (*Saca con esfuerzo el estuche del bolsillo y lo deja sobre el velador.*)

ANITA. (*Cariñosa.*) Cruel, ¿por qué? Yo me hubiera guardado muy bien de revelarle nuestro secreto si usted no nos hubiera llamado ingratos. Pero de todos modos, aunque hubiese sido el propio Rey quien le hubiera otorgado esa condecoración, como usted no le trata, según nos ha declarado hace un momento, tenía que habérsela concedido por consejo e indicación de alguien, que no conocería tanto su vida de usted ni sus méritos como yo misma. Antes, no sabía usted a punto fijo a quién agradecerle la condecoración. Ahora, en cambio, sabe a quién se la debe. Ahora sabe quiénes dieron su nombre y solicitaron esa condecoración para usted: su socio, antiguo empleado de su casa, y una servidora, su antigua secretaria. Dos per-

sonas que han aprendido hace años a apreciar lo trabajador que es usted y que piensan que, a pesar de sus brusquedades y de sus rarezas, es un hombre de bien, un hombre honradísimo y hasta, a veces, un hombre generoso.

PARO. Pero el gasto del taxi no lo pago.

ANITA. ¿Qué taxi?

PARO. Yo me entiendo.

ANITA. Pues no lo pague usted. Y ahora, séame franco. ¿No prefiere usted que hayamos sido Rafael y yo quienes le hemos condecorado? Había un dulce sobre la mesa, al alcance de su mano... Mi marido pudo habérselo comido... Y ha preferido que fuese para Parodi. Y usted, en recompensa—claro que usted no sabía nada de esto—le arma usted, hoy precisamente, una chillería y a mí me ofende llamándome ingrata. Muy bonito, señor Parodi.

PARO. Y se quedará usted convencida de que me ha chafado con su charla. ¡Pues, no, señora! Pero no importa. Quiero ser generoso.

ANITA. Menos mal.

PARO. Mañana mandaré pintar en el rótulo del escritorio el nombre de su marido de usted. "Parodi y Colombi". Y, además, desde mañana vamos a medias en el negocio. Pero no deje usted de advertirle al *Morenito* que el gasto del auto no lo pago, aunque me hagan trizas. Y añádale que no está bien eso de gastar cuanto se gana, cuando hay hijos por medio; y dígale, para terminar, que a fin de año no le entregaré más que la tercera parte de la ganancia líquida, como siempre, y que el resto se lo impondré en un Banco a nombre del pequeño. A ver si así se le despierta al hombre el hábito del ahorro. Porque, créame usted a mí, para ser comerciante, lo fundamental es lo siguiente: ser honrado, ser trabajador y saber ahorrar... Todo lo demás, condecoraciones inclusive..., ¡chanfainas!

ANITA. ¡Qué bueno es usted, Parodi!

PARO. ¿Usted cree? *(Se quedan mirándose un instante en silencio.)*

ANITA. Venga usted al comedor. Vamos a darle la noticia a Rafael...

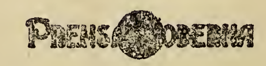
PARO. Vaya usted, vaya usted... Yo la sigo...

ANITA. Se va a volver loco de alegría.

PARO. Y no se olvide de decirle que el taxi no lo pago... *(Hace Anita mutis por la derecha. Parodi la sigue con la vista. Un suspiro, que es a medias un sollozo, le sube de lo hondo del pecho. Coge la condecoración y la examina con honda emoción. Una lágrima se empieza a asomar, pero él se la limpia de un zarpazo. Guarda al cabo la condecoración en el bolsillo y prorrumpe en un nuevo suspiro.)*

PARO. Tiene razón esa mujer. No eres mala persona del todo, Juan Pere Parodi... *(Se abrocha la chaqueta y hace mutis decidido por la derecha.)*

TELÓN RÁPIDO



A. AGUILERA, 38 MADRID APARTADO 9012

[illegible]

[illegible]
[illegible]



Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid.